LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

MUSEO UNIVERSAL

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,290; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 13.

Junio 28 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—FILIPINAS Y DEMAS AMERICAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES EN BARCELONA (Véase el número próximo.)

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica, por Julio Nombela.—Varias poesías con que un autor celebró sus amorosos cuidados, por el Excmo. señor don Antonio Cánovas del Castillo, de la Academia española.—El puerto de Valencia, por don Rafael Monleon.—Una catástrofe.—El general Prim.—Una casa de préstamos.—Nieblas pardas, por Juan García.—Sucesos de Portugal.—La fé del amor, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—ALBUM POÉTICO: La lluvia, por don José Selgas.—Máquinas agrícolas.—Carreras de caballos en París, *Sornette*.—Ajedréz.—Anuncios.

GRABADOS.—Exposicion de bellas artes en Barcelona.—Vista de las nuevas obras en el puerto de Valencia.—Catástrofe ocurrida en el ferro-carril de Poitiers.—La marquesa de los Castillejos.—El general Prim, marqués de los Castillejos.—Escenas de la vida: el usurero prestamista.—Máquinas agrícolas.—SUCESOS DE PORTUGAL: El capitan Vidal arengando á las tropas antes de la sublevacion.—*Sornette*, vencedor en las carreras de caballos de París, que ganó el premio de los 400.000 francos.

CRÓNICA.

Los madrileños emigran.—Atractivos de la ex-córte.—El Retiro.—Unos cuantos solterones caritativos.—Una historia joco-séria.—Los diputados.—Los bandidos andaluces y el socialismo.—Un viaje rápido por la tropa.—Homenaje á un gran novelista.

Los afortunados madrileños que aguardaban la coronacion del edificio revolucionario, convencidos de que por ahora no pueden proporcionarse el placer de conocer al rey que ha de sentarse en el desierto trono, y lo que es aun más importante para ellos, seguros de que las fiestas que habrian de acompañar á tan culminante suceso no se celebrarán en algun tiempo, han comenzado á realizar esas espediciones veraniegas que constituyen una de las necesidades más imperiosas de la familia moderna.

El calor es tambien el mayor enemigo del parlamentarismo: los padres de la pátria le temen de tal modo, que con tal de escaparse de sus uñas, ó dejan abandonados los intereses que representan, ó votan á escape las leyes de última hora y no tienen más deseo que volver á sus hogares, para que sus electores manden echar á vuelo las campanas, y quemen pólvora en su obsequio.

El general Prim, gran práctico, ha pensado que los constituyentes no podian volver á sus lares con las manos vacías, y les ha asegurado, que pueden asegurar que este verano no habrá tiros.

¿Qué más pueden pedir los habitantes de las estenuadas capitales de provincia y de los raquíticos pueblos?

No habrá tiros, ya lo sabeis: la interinidad os lo asegura; podeis bañaros tranquilamente; hasta el otoño podeis reponer vuestras fuerzas y despues... despues ya veremos lo que sucede.

Es muy posible que cuando vea la luz esta revista se hayan cerrado las Córtes.

Cuando esto suceda, el regente irá á la Granja, al real sitio de San Ildefonso, en busca de una temperatura agradable. Paseando por aquellos jardines, es muy posible que se entregue á fecundas meditaciones sobre la situacion del pais. Tal vez le saque de ellas la llegada casual de los representantes de la prensa; tal vez se repitan los banquetes del año pasado, lo cual quitará á todos los comensales un año de encima.

El presidente de la Cámara pasará el verano en Búrgos; el señor Martos irá á San Juan de Luz; el señor Montero Rios buscará la salud que ha perdido en las montañas de Guipúzcoa; el general Prim saldrá para Vichy, y al lado de estas celebridades, en el mismo tren, continuarán abandonando á Madrid numerosas familias.

¡Ingratos! Tratar con este desden á una córte sin rey, que por esta circunstancia no tiene igual en todo el mundo; abandonar á Madrid, cuando Madrid se desvive por complacer á los madrileños.

Hay una multitud de operarios que riegan dos veces las calles y los paseos, y dan un baño gratis al transeunte que se descuida; hay ópera cómica francesa, ejercicios ecuestres y gimnásticos, ilustrados con pantomimas; hay amenas funciones en el teatro de Verano y en el de la Zarzuela; hay conciertos dirigidos por Mr. Arban y espectáculos teatrales en el jardin del Buen Retiro; están abiertos al público los jardines de la plaza de Oriente; se han multiplicado los teatros-cafés, y por último, los Campos Eliseos nada tienen que envidiar á *Hyde Parck* de Lóndres ni á *Mabille* de París.

Frondosas calles de árboles iluminadas por farolillos de colores, conciertos al aire libre, juegos de luz eléctrica, fuegos artificiales, funciones al detall en el teatro de Rossini, baños confortables, restaurant y café, carreras en velocípedos por francesas ligeras, can-can pur sang y ejercicios de Blondin en la cuerda floja: tal es el variado repertorio de diversiones que ofrecen los Campos Eliseos.

Digan lo que quieran los *touristes*, la verdad es que se puede pasar un verano delicioso en Madrid.

Así lo han comprendido unos cuantos solterones ricos, á quienes ha asociado un sentimiento caritativo.

Por la mañana á las cinco se reunen en la entrada del Retiro, beben agua en la fuente de la Salud, agua rica en principios minerales, capaces de hacer digerir á un contribuyente todos los recibos del impuesto territorial, personal y discrecional.

Pasean el agua durante un par de horas, y fatigados y con un apetito envidiable, se dirijen á la amena plazoleta próxima al pequeño estanque, en donde don Francisco de Asis se entregaba al placer de la pesca, y María Juana les sirve un esquisito chocolate.

Allí acuden muchas familias, y los solterones y los que no lo son, juegan al volante, á los aros, á las cuatro esquinas y á la gallina ciega con las hermosas y elegantes jóvenes que llegan á las ocho á tomar el chocolate.

Al llegar aquí voy á permitirme una digresion para contar la historia de ese chocolate, en torno del cual se ha formado una sociedad alegre y espansiva, allí donde solitariamente arrojaba el anzuelo á los peces de colores el rey consorte de la que fué nuestra soberana.

Aquella mujer á quien he nombrado hace poco, María Juana, aquella hornilla, aquellas chocolateras que hierven, aquellas mesas y aquellas sillas que ofrecen comodidad á los que se regalan con el soconusco, tienen una historia que parece un capítulo de novela, y voy á contarla en breves líneas.

Hace un año que algunos de los que, como he dicho antes, se han asociado para una buena obra, sintiéndose con apetito despues del paseo, resolvieron llevar una chocolatera y hacerse el chocolate al calor del espíritu de vino inflamado.

Junto á la fuente del estanque del Rey habia una jóven con dos niños que vendia agua á los pascantes.

Los amigos dieron á la aguadora la comision de hacerles el chocolate en toda regla, mediante una gratificacion.

María Juana, esposa de uno de los guardas del Parque de Madrid, servia con el mayor agrado á sus favorecedores.

Durante el invierno la perdieron de vista, y en el mes de abril último volvieron á aprovecharse de sus servicios culinarios.

Una mañana, á principios de mayo, faltó á su puesto, preguntaron los amigos por ella, y supieron que su marido estaba muy enfermo.

Falleció éste, y á los quince dias dió á luz la viuda una niña.

—Es necesario amparar á esa pobre mujer, dijo uno de los asociados.

—La maledicencia no se cebará en nosotros, porque la pobre no tiene que dar gracias á las Gracias.

—¿Y qué podemos hacer en su obsequio?

—Una suscricion.

—No, mejor es comprarle todo lo necesario para que pueda servir chocolate á los que quieran tomarlo en el Retiro.

Aprobada la idea, los encargados de ejecutarla se dividieron el trabajo, y en un par de dias ofrecieron á la viuda todo lo necesario para hacer competencia á doña Mariquita, la de la calle de Alcalá.

Hasta uno de ellos fabricó con sus propias manos un cajon para guardar los utensilios.

Figúrese el lector la alegría de la favorecida y la satisfaccion de los favorecedores.

Púsose María Juana sobre su enlutado traje un mandil blanco á la francesa, y comenzó á desarrollar su industria; pero la infeliz, desconociendo la aritmética, estaba á punto de naufragar en su empresa.

—Es necesario salvarla, se dijeron sus protectores; y convinieron en administrar por turno el establecimiento improvisado.

Vayan ustedes á la linda plazoleta próxima al estanque del Rey, y verán ustedes, detrás de una gran mesa, cubierta con lienzo blanco, á uno ó dos elegantes caballeros dando y tomando servilletas, recibiendo y cambiando dinero: en una palabra, completando su obra caritativa.

Ellos se han encargado, además, de la educacion de los huérfanos, y están labrando la felicidad de una familia que han arrebatado de las garras de la desgracia.

¡Hermoso empleo del tiempo! Los que van al Retiro contribuyen á aumentar las ganancias de la chocolatera, y en torno de los gerentes del establecimiento se ha formado una sociedad tan agradable, que pasan las horas allí sin que nadie se acuerde ni de San Sebastian ni de Biarritz.

Y á pesar de estos y otros atractivos que ofrece Madrid, los madrileños le abandonan: no puede haber mayor ingratitud.

Bien es verdad que los padres de la pátria dan el ejemplo, y es ciertamente en ellos un rasgo de valor ó una gran confianza en su ingénio.

—¿Qué han hecho ustedes? les preguntarán sus electores.

Y tendrán que responder:

—Todavía seguimos demoliendo: hecha la Constitucion hemos abierto una brecha por donde puede escaparse toda entera reformando el Código penal; además hemos establecido el matrimonio civil y hemos votado todos los ferro-carriles posibles y algo más.

Habrá algunos, los oradores elocuentes, que hasta conseguirán que les den las gracias y una serenata por añadidura.

Brillante ha sido la que este año han dado al general Prim las tropas y la milicia: la noche de la víspera de San Juan estaban los alrededores del palacio de Buenavista literalmente llenos de... *dilletantti*.

La verdad es que en los últimos quince dias hemos tenido muchas ocasiones de regocijarnos; la solemne procesion del Corpus,, las verbenas de San Antonio y de San Juan, las minervas de las parroquias... en cambio los gobernadores y la guardia civil de las provincias andaluzas, están dedicados á cazar malhechores.

Cansados de esperar al *socialismo*, se han dedicado á buscarlo, y al efecto, se proporcionan la *sociedad* de las personas acaudaladas, y llegan á estimarlas tanto, que no se desprenden de ellas sino á cambio de crecidas sumas. Europa lee en estos momentos con avidez, la heróica lucha sostenida en Utrera por la guardia civil con una gabilla de ladrones, y el ministro de la Gobernacion se ha propuesto acabar con los que infestan á toda España.

Es tal la inmoralidad, que hasta se han llegado á falsificar firmas en las exposiciones que se han dirigido á los diputados, para que sepa la Cámara quiénes son los que quieren á tal rey ó tal otro.

No es posible una falsificacion más refinada ni más inocente.

Aplazada la eleccion hasta el otoño, podemos pasar por alto tan importante cuestion, y asomados al balcon de los Pirineos, dar un vistazo á Europa.

Las soluciones del Concilio mantienen una viva lucha entre el catolicismo y la demagogia; ésta se agita en Italia; en Francia descansa un poco refugiada en los antros donde afila sus puñales y conspira; el imperio liberal se robustece, y Prusia, que no ve con buenos ojos esta robustez, se une á Rusia, y entre las dos meten cizaña en Austria para debilitar las fuerzas que en Alemania tiene Francia.

La cuestion de Oriente continúa sobre el tapete, aunque algo empolvada: Portugal echa puntales á la popularidad del mariscal Saldanha. Afortunadamente en Cuba, gracias á la firmeza y á la rectitud de Caballero de Rodas, la insurreccion agoniza y el ramo de oliva crece á la sombra de los laureles.

Desde mi observatorio veo un fúnebre cortejo: una inmensa muchedumbre acompaña á la última morada los restos de un gran hombre.

Es Jorge Dikens, el gran novelista de Inglaterra. ¡Qué pérdida para todo el mundo civilizado!

LA ILUSTRACION publicará muy pronto su retrato, y dará á conocer los rasgos característicos de su vida.

Despues de anunciar su muerte, no quiero borrar esta impresion, contando algo que haga sonreir á los lectores.

Es un debido homenaje al génio que en unas cuantas obras ha dejado fotografiados su nacion y su siglo.

JULIO NOMBELA.

VÁRIAS POESÍAS

CON QUE UN AUTOR CELEBRÓ SUS AMOROSOS CUIDADOS.

No es á la verdad en poetas líricos en lo que pasa por pobre la literatura española. Bien sabido es en qué otros géneros literarios, y en cuáles ciencias ó artes nos llevan ventaja los extranjeros; mas por lo que toca al número de poetas líricos, quizá no nos supere nacion alguna. En cuanto al mérito, de todo hay, como es razon, pero no la tendriamos tampoco para quejarnos de nuestra suerte. Lo cierto es que, entre antiguos y modernos, poseemos tales poetas líricos, que pudieran alcanzar alto puesto en un certámen universal. Aunque á alguien parezca, por eso mismo, vano empeño el de aumentar con uno más su interminable catálogo, estoy yo, por mi parte, muy lejos de participar de opinion semejante. La huella de todo hombre de mérito merece para mí ser conservada, cuando, por acaso, se la encuentra impresa en el polvo donde tantos y tantos millones de otros no dejan señal ninguna; y mérito tenia ciertamente el autor del libro inédito cuyo título encabeza este ligero artículo.

Soy yo, además, de los que, deplorando y todo, que no sea tambien rica España en autores ó libros de otras materias, miran bien que posea al menos muchos y excelentes poetas, no solamente dramáticos, sino líricos. Algo ha de influir en mi opinion el amor que profeso á la poesía lírica, del cual he dado muestra cultivándola un tanto, siempre que mayores cuidados lo han permitido; pero tampoco carezco de razones en que fundarme. De buen grado reconoceré, no obstante, que tanto arroyo y fuente, tanta selva y prado, como suele traer á cuento este género de poetas, lícitamente pueden causar fastidio á las personas graves en el siglo positivo y pensador en que estamos. Mas, bien considerado, es claro, que ni el mundo se compone totalmente de industriales ó sábios, ni la vida del hombre es completa, cuando toda la dedica á cosas de razon. Hay, á no dudarlo, en el alma, cierta cuerda sutil y dulce que saben sólo tocar las artes, la cual resuena apaciblemente siempre que en ella se hiere, mal que pese á la sociología, á la mecánica, ó á la química. Atrae especialmente á unos la pintura, á otros la música, y á los más la poesía lírica: porque ningun arte responde tanto como este de la palabra en verso, á la sed de ideal del alma; ninguno refleja, por tan exacta y copiosa manera sus afectos diversos; ninguno tiene raices tan hondas en su naturaleza, cualquiera que sea el disfavor, seguramente pasajero, con que se miren los artificios métricos. Ni es razon el que los poetas abusen á las veces, con disgusto de las personas excesivamente sérias, de selvas ó fuentes, para proscribirlos ó desear que sean menos en número, sobre todo en España; region donde tan poco verdor y escasas aguas consienten la serenidad constante del cielo y los rayos abrasadores del sol, que más bien es de agradecerles el que, siquiera en la fantasía, nos den algo de lo mucho que la realidad nos niega, y el que alaben lo que tenemos, cuanto merece, por su propia rareza. Nadie como el poeta semita, por lo mismo que suele experimentar todavía más que el castellano los estragos alegres del sol en la naturaleza (cuando impera en ella con poder absoluto), sabe estimar y celebrar la belleza del hilo de agua que basta apenas á apagar su sed, ó la de los harenes de escuetas palmeras que con sus flotantes copas interrumpen la soledad del desierto; ni ha habido hasta aquí hombres que tanto gusten, por igual motivo, de la poesía lírica como los árabes en sus buenos tiempos. No trato de comparar precisamente con los del Asia ó Africa nuestros campos; pero es indudable que ni al hijo de Madrid ó Sevilla, ni al estudiante de Alcalá ó Salamanca de mediados del siglo XVII, por ejemplo, podian fastidiarle tanto ciertos primores descriptivos en los versos líricos, como á nuestros filósofos y hombres de Estado, ó de negocios de ahora, que, gracias á los ferro-carriles, van á buscar cuando quieren, y donde los hay, los bosques ó prados, fuentes ó rios de verdad, que muchos de nuestros antepasados se contentaban con gozar en verso. Hoy mismo es, sin embargo, y la poesía lírica, con sus lugares comunes de descripcion, y todo, tiene algun mayor atractivo del de otras partes en estas montañas nuestras, que casi siempre ostentan á la luz del dia sus pizarras y granitos, ó en nuestros llanos secos. Paradoja parece, y es verdad clara, que los países siempre floridos suelen engendrar menos número de poetas descriptivos, que aquellos en que se muestra más avara la naturaleza exterior; pero, reflexionándolo madura-mente, ¿no es verdad que fuera ocioso fatigar mucho al espíritu para crear aquello mismo, que gratuitamente y á manos llenas nos ofrecen los sentidos? De aquí nace, y dicho sea al paso, que la poesía lírica, en los países frondosos, sea menos descriptiva, aunque más profundamente sentida y más ideal que en los estériles, como engendrada en las pasiones del alma, y ocupada solamente en ella, sin distraerse con los primores vulgares de la naturaleza física. Por ser, pues, donde quiera, predilecta hija del alma la poesía lírica, y responder á su necesidad de ideal mejor que otra alguna de las artes, y porque singularmente entre nosotros tambien tiene por oficio reemplazar en la fantasía las bellezas reales que la naturaleza escasea, (sin otras muchas buenas, medianas ó malas razones, que por brevedad callo), es por lo que yo, en suma, celebro que tengamos con abundancia poetas líricos, dígase lo que quiera en contrario.

No es, por desgracia, el qué aquí ofrezco á la curiosidad de los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, ningun ignorado Fray Luis de Leon, ó nuevo Herrera; ni, hablando en conciencia, puedo tampoco darles seguridad completa de que, tal cual hizo Dios á mi autor, sea desconocido hasta hoy de todo punto, por más que eso resulte de mis investigaciones. Pero, en cuanto á su mérito, que es con mucho lo más importante, creo poder afirmar sin escándalo, que, ya que no merezca figurar al lado de los de primer órden en la literatura castellana, ninguno le aventaja entre los de segunda fila. Preciso es tener en cuenta, para juzgar á este, como á todos los autores de versos líricos que ningun hombre suele hacerlos excelentes en gran número, así como son pocos los que, sabiéndolos construir materialmente, no logran producir algunos que intrínsecamente tambien sean buenos. Por lo mismo que la poesía lírica, para alcanzar altos quilates ha de estar siempre inspirada en los afectos del alma, y por lo mismo que en ella resplandece tanto la peculiar manera de sentir de los autores, acontece esto que digo. En las almas ricas y enérgicamente sensibles, se engendran más afectos que en las otras; pero todo tiene su límite, y no hay escritor, que se haya empeñado en trasladar demasiados de ellos á sus versos líricos, que no incurra á la larga en amaneramiento. Hasta el imitarse unos á otros estos tales poetas, proviene, á mi juicio, del afan de representar mayores y más afectos que sienten, ó afectos ya suficientemente expresados como de verdad los han sentido. El autor que hoy pretendo dar á conocer al público, trató tambien de expresar más afectos que sintió, cual tantos otros, y cual otros tantos, imitó mucho á los más célebres de sus contemporáneos, para aumentar con sentimientos agenos su caudal poético, como si la riqueza de este consistiera en el número de las piezas y no en su valor intrínseco: error frecuentísimo en todos tiempos. Merece acaso él escusa porque probablemente haria versos por recreo propio, ó particular desahogo de su alma, y no para causar admiracion, ni áun contento á las gentes; pero ya que su manuscrito ha llegado hasta nosotros y hemos de juzgarle, no por su intencion, sino por sus obras, preciso es reconocer que incurrió en el defecto más general de los poetas líricos: *el de componer demasiados versos*. Tuvo, en cambio, cual demostrarán las citas que he de hacer de su libro, grandes calidades de poeta: elevacion, á las veces, verdadera sensibilidad con más frecuencia todavía, ingenio y discrecion siempre. Y en lo que más resplandece para mí su mérito, es en la gracia y primor con que usa el habla castellana, que son tales, que dudo que le exceda en ello otro ninguno de nuestros poetas líricos. Pero es hora de dar al público las noticias que tengo de mi autor, ya que tan pocas son, acompañando con ejemplos mis propios juicios, á fin de que otros puedan formarlos más acertados; que de seguir en cierto órden de reflexiones se haria más largo que quiero que sea, y puede ser este artículo.

No será extraño que sorprenda á los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA el que haya llegado tan adelante, sin confesar que en este caso ignoro lo mejor de la biografía de todo autor, que es su nombre. Ninguna indicacion se halla de este en los versos de mi poeta, ni los detalles que ellos contienen de su vida cuadran bien á ninguno de los autores generalmente conocidos. ¡Triste circunstancia, por cierto! Porque la verdad es que un poeta sin nombre, no acaba de ser saboreado, ni menos amado, por los que leen sus versos, aunque, por ventura, gusten de ellos. El anónimo tiene algo de repugnante á la curiosidad humana, que hace que sea indiferente, cuando no odioso. Siéntese uno tentado á ponerle nombre á todo autor no conocido y digno de serlo, al modo que á los mártires anónimos de las Catacumbas se los ponen piadosamente en Roma, ántes de repartirlos por los altares de los templos cristianos. Pero los críticos carecen de poder y facultades para tanto; y mal que me pese, tengo que presentar á mi autor desnudo de nombre, cual vino á mis manos. Todo lo que puedo asegurar, es que el manuscrito que poseo, es del tiempo del autor, aunque ninguno de los dos caractéres de letra que en él campean debe de ser suyo, por los errores de copia que se advierten. Sin duda aquel buen poeta tenia tan mala letra como los de ahora usan, y hacia copiar por otros en un libro los borradores de sus versos. Vendióme el tal manuscrito en Roma, corriendo los primeros meses de 1857, la mujer de un pobre pescador, que de tiempo inmemorial lo habia visto en su casa, llevándome sólo por él unos cuantos *bayocos*. Ciento setenta y cinco hojas útiles le componen, que podrán contener como hasta cuatro mil quinientos ó cinco mil versos, españoles los más, italianos algunos. Es difícil hallar carácter de letra más gallardo que el que llena la primera mitad del libro, y hállase además éste lujosamente encuadernado en pergamino, con filetes y flores de oro. Aunque ningun dato encierra, como va dicho, que baste á descubrir el nombre de su autor, no faltan en él algunas otras importantes particularidades de su vida. Por ejemplo: que fué natural de esta córte, (bien que no aparezca entre los *Hijos de Madrid*, del diligentísimo don José Antonio Álvarez y Baena), claramente lo dice el libro en estos versos:

> Al salir de mi pátria á quien coronan
> once estrellas, ún oso y un madroño,
> célebre córte del mayor monarca
> que Febo vió de Antártico á Calisto, etc., etc.

Tambien parece que hubo de estudiar en Salamanca, puesto que allí pasó sus primeros años, segun demuestra cierto soneto escrito en Roma á la memoria de uno de sus amores, al parecer de los primeros, que empieza con este verso:

> ¡Ay Tormes claro de mi fuego archivo! etc.

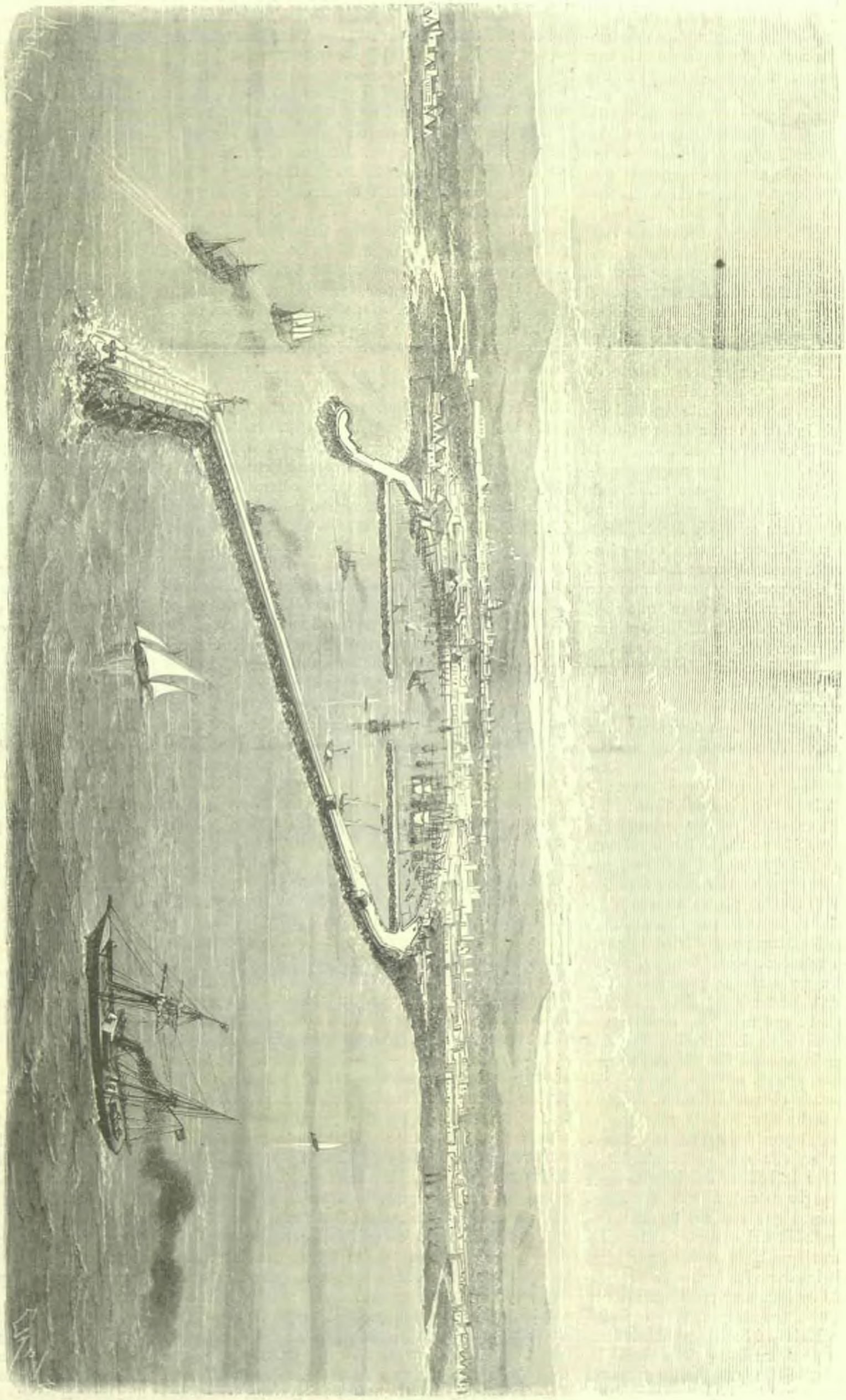
Y concluye con los siguientes tercetos desgraciadamente aconsonantados:

> Y pues mis quejas ponderaste atento
> con guarda oido, con piadoso celo
> ayuda al que en amor pierde el aliento.
> Dile, si vieres de mi dueño el cielo,
> que, pues su ausencia impide mi contento,
> asista en su memoria mi desvelo.

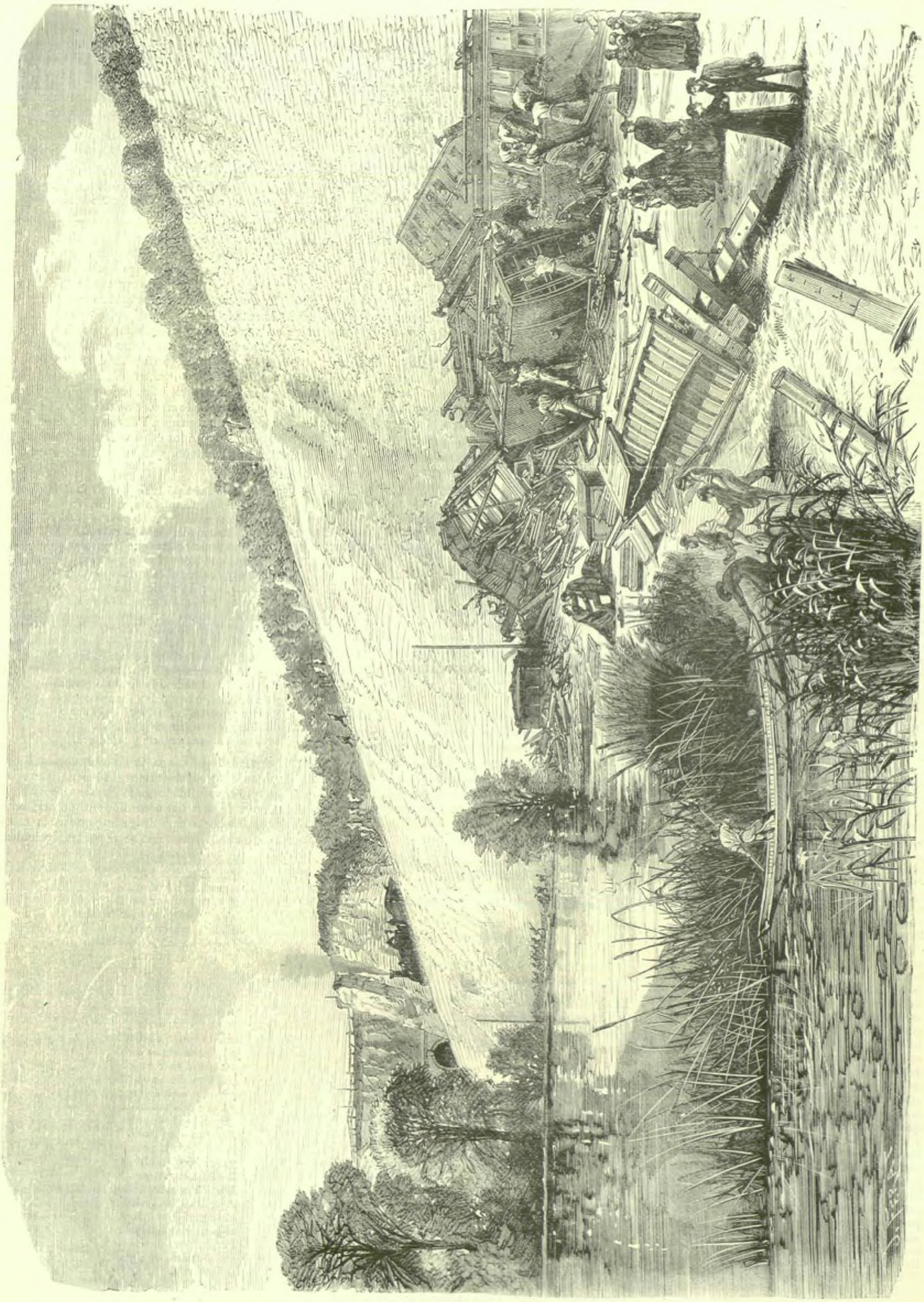
Nada se deduce del manuscrito acerca de la fecha de su nacimiento. Constan en él, no obstante, muchas de las de sus versos, que empiezan con la de enero de 1640, en que dedicó una composicion á la señora Andriana, cantatriz famosa, y terminan con la de un soneto escrito á 18 de abril de 1644. No puede dudarse, pues, que tenia el autor grande aficion á las musas cuando tantos versos hizo en tan corto plazo. Todos los que comprende esta coleccion están escritos en Roma, aunque debia de tener ya muchos hechos el autor, segun lo bien que los hacia; y allí sirvió á un monseñor, no se sabe si cardenal, obispo ú auditor de Rota, porque no le nombra, con quien solia estar en desgracia, como canta el décimo de sus sonetos, que de esta suerte comienza:

> Ó dura sujecion, ó infausta suerte,
> ó insufrible pesar, tormento y pena,
> á que el servir y no medrar condena,
> cuya vida mejor llamara muerte.

Y contiene en el primero de sus tercetos esta advertencia al lector:



VISTA DE LAS NUEVAS OBRAS EN EL PUERTO DE VALENCIA.



CATÁSTROFE OCURRIDA EN EL FERRO-CARRIL DE POITIERS.

Bien pueden darte claros desengaños
los grillos que me pone la obediencia
por un delito propio de mis años.

Dos cosas se deducen de aquí: la primera, que el autor era muy mozo, á la sazon; la segunda, que, áun viviendo y todo como el soneto dice, en el palacio de un monseñor, hacia vida muy alegre y enamorada, que le exponia á la justa indignacion de su amo. El poeta atribuye una de sus desgracias á los celos de cierta dama en los siguientes fragmentos que al paso pueden servir de ejemplo de la perfeccion y donaire con que sabia hacer los versos cortos y aconsonantados:

Sagradas ninfas del Tiber,
que, en su cristalino asiento,
escuchais de humanas voces
los enamorados ecos;
vosotras que sus historias,
entre el fugitivo imperio,
escribis con tersa mano
cantais con sonoro plectro;
oid mi dolor, oid
con las mudanzas del tiempo,
mi mal, si palabras pueden
comprenderle, siendo inmenso...
No vengo, no, á repetiros
el logro de mis deseos,
bien sabeis que amor no da
renta, sin pension de celos.
Estos, en fin, me han traido
al estado en que me veo,
que, cuando no son cobardes,
pueden preciarse de ciegos...
Sombras siguen, los pesares,
á los placeres inciertos:
pasan aquestos volando,
duran para siempre aquellos.
Ingenioso es el querer,
el daño no halla consejo,
modos hay para alcanzar,
para conservar no hay medio.
Si largos cuidados llegan
al bien merecido premio,
la mujer mas firme imita
la fragilidad del viento.
¿Quién pensara que negarse
intentara Aminta ¡ay cielo!
á obligaciones antiguas
por un enojo pequeño?...
Di, ausente, satisfacciones;
pero todas no valieron,
que á quien engañar procura
la verdad convence menos.
Al paso que me ha ofendido,
adoro, estimo y venero,
la enemiga que idolatro,
la ocasion de misdesvelos.
Lágrimas exhalo, ó llamas
un risco ablandar pretendo,
y, huyendo del desengaño,
hago asilo del silencio.
Admirado de mí mismo,
entre afligido y suspenso
ni doy lugar al discurso,
ni en el obrar me resuelvo.
Pasan dias como edades
cuando verla no merezco,
que en su presencia divina
fueran los siglos momentos...
Sirvo, que con este nombre
lacónicamente creo
se encarecen bien los daños
que la adulacion ha hecho...
Luego que de la privanza
subí al trono mas excelso,
desenvainó la ambicion
de su lengua los aceros.
¿Qué me aprovechó el volar
si Icaro soy en el suelo,
que son cera los favores
y un Etna la envidia ardiendo?...
Descréditos de opinion
entre guerras de deseos
ponen treguas; que al honor
vencer, el amor condeno.
¿Más qué importa resistir
pensativo, solo y preso,
si donde reina ambicion
ceden los demás respetos?
De una traicion, de un agravio,
de una injusticia me quejo:
¡corta Parca el débil hilo,
que me es el vivir infierno!

Hállase varias veces interpuesto entre los versos cortos de este romance, cual se ve en otros de aquella época, el estribillo aconsonantado que sigue:

Perdí mi bien, y en tanto desconsuelo
otro le goza, que es mayor tormento.

Oscura es la historia, por cierto; mas el dolor por ella causado está bien sentido; y, á saberse su nombre, no dejaria de merecer compasion el triste poeta que, por celos, al parecer injustos, de una dama, no tan solo tuvo que sufrir que pasase ésta á manos de otro, sino que perdió al propio tiempo la privanza del monseñor á quien servia *muy de antiguo:* segun declara uno de los versos omitidos, con el fin de hacer menos pesada la cita. Acaso la envidia de que se queja haria llegar envenenada á oidos de su señor aquella historia, en la cual ántes lástima que castigo merecia el poeta, aunque ciertos toques del romance dan á entender que aquel debia á la dama ingrata respetos que habia atropellado, y que ésta tuvo personalmente parte en la indisposicion del poeta con su señor, como si se tratase, por ejemplo, de alguna hermana ó parienta del último, no mejor en costumbres que el paje ó familiar por su causa desgraciado.

Sea de esta cavilacion lo que quiera, ni debió de tardar mucho el poeta en consolarse, ni parece tampoco que, por miedo á su señor, mejorase de conducta. Pregona á cada paso la vida enamoradísima y por todo estremo alegre que continuó haciendo, el contexto de sus versos, en la mayor parte eróticos y apasionados. No hay metro, ni género en la poesía lírica, que no le preste dones para servir á sus damas, las cuales hubieron de ser muchas, casi innumerables, y de muy diversa condicion, segun son vários los nombres y las circunstancias distintas, que al frente de las composiciones aparecen. Dedicábalas mi ignorado poeta muy buenos madrigales, como éste, por ejemplo:

Ojos mios, pues sabeis
que vive solo en miraros,
el más firme en adoraros
y á quien más costado habeis;
si deudas reconoceis
pagadme, hermosos luceros,
con que tal vez pueda veros,
porque sea de esta suerte,
ó más dichosa mi muerte,
ó menos grave el quereros.

Hizo tambien en honor de unas y otras gran número de sonetos, aunque no dejara de consagrar asimismo algunos á asuntos graves; porque, entre todos, pasan de doscientos los que compuso. Hállanse en estos, con frecuencia, hermosos cuartetos al empezar, decayendo luego en los segundos y tercetos, como Góngora y otros de nuestros sonetistas. Sirvan de ejemplo los dos cuartetos siguientes, cada uno de los cuáles da principio á un soneto amoroso:

Era la lluvia y tempestad pasada,
el cielo ya sereno se ofrecia,
y á las aguas su límite ponia
aquel Autor que las crió de nada.

—

A nadie fué la esclavitud odiosa
tanto como á mi alma aborrecible
la libertad, ni á nadie fué apacible
la vida tanto, como á mí penosa.

El siguiente soneto, lo copio entero, porque demuestra el despecho ú hastío, que, por lo mismo que las amaba con tanto exceso, le causaban en ocasiones las mujeres:

Mujer fué causa del primer pecado,
mujer ocasionó muerte y prisiones;
¡mujer dió al mundo guerras y pasiones,
que tantas monarquías han llorado!
Mujer vendió á su esposo enamorado,
entregándolo á idólatras naciones,
mujer vertió su sangre en ocasiones,
por lograr un deseo mal pagado.
Mujer es la fortuna en sus mudanzas;
mujer es cocodrilo, y es sirena,
con lágrimas y voz mata y engaña:
No pongas en mujer tus esperanzas,
porque será sembrar en el arena,
y es más liviana y débil que la caña.

En esto de los asonantes en los tercetos, cosa insufrible ahora á nuestro oido, no se solia reparar por entonces en España; como ni aún ahora se repara en Italia, donde nuestro autor escribia. Nadie se ha acercado tanto á la perfeccion en tal género, en opinion de Quintana, como Lupercio de Argensola; y, con todo, en el primero de los sonetos que el propio Quintana dá por ejemplo, cuatro de los seis últimos versos son tambien asonantes. El famoso soneto de Góngora que empieza:

«La dulce boca que á gustar convida,» etc.

termina con este infeliz terceto, de versos asonantados:

«Manzanas son de Tántalo y no *rosas*,
que despues huyen del que incitan *hora*,
y solo del amor queda el veneno.»

No hay, pues, que sorprenderse de que mi desconocido poeta caiga en inadvertencias iguales.

Mas he indicado ya que él sabia tambien elevar su musa, en las raras ocasiones que la dejaba el amor desocupada; y quiero probarlo con una corta composicion *á Roma*, escrita en versos sueltos, donde campea gallardamente la lengua castellana, y la maestría del autor en versificar se ostenta muy clara. Sabido es cuán pocos son los buenos versos sueltos que hay en castellano, y que hasta que á fines del siglo último ó principios del presente, construyeron los suyos Jovellanos y don Leandro Moratin, únicamente de Jáuregui se habian publicado en cierto número, con estructura y entonacion adecuadas. Pues veamos ahora si están ó no bien construidos estos versos sueltos ó blancos, del vate madrileño, que estoy dando á conocer someramente:

Del imperio fué aquí la antigua silla,
en paz temida, triunfadora en guerra:
fué; porque ya el lugar no más se mira,
y lo que Roma fué, tierra lo cubre.
Estas que yerba oculta, que el pié pisa,
máquinas que hasta el cielo parecian
subir, cayeron: sombra apenas se halla
de Roma, que á sus piés el mundo puso.
Ceden sus glorias bárbaras al tiempo
que alza los llanos y los montes baja.
Roma en Roma no está; Vulcano y Marte
le quitaron á Roma la grandeza
de Roma, pues las obras donde el arte
venció á naturaleza, destruyeron.
Hoy (vuelto el mundo lo de abajo arriba)
yace cadáver, en su polvo envuelta;
y entre aquestas ruinas, que en el suelo
divididas se ven por varias partes,
tuvo en sí misma muerte y sepultura.

¿No es verdad que suena ya en estos versos, á pesar de algunos ligeros descuidos, la lengua incomparable en que se escribió luego la *Sombra de Nelson?*

La muerte de una hermana dió, entre otras, ocasion á nuestro poeta para demostrar que sabia tambien llorar en endechas, como se ve por las siguientes:

Ya busco soledades,
que, si posible fuera,
huyera de mí mismo:
¡á tanto el dolor llega!
No extraño yo que un hombre,
infeliz se aborrezca,
porque en sus pensamientos
sus enemigos lleva.
El gusto me entristece,
el padecer me alegra,
y hasta el contento ageno
parece que me ofenda.
El no comunicarla
más la congoja aumenta;
pero el morir es dicha
cuando el vivir es pena.
Las aves me acompañan
por este monte y vega,
y á mis acentos tristes
responden lisongeras...
Enternece mi llanto
la más inculta peña,
y á compasion obligo
los árboles y fieras.
Los libres arroyuelos,
espejos de las yerbas,
el sentimiento avivan
al paso que deleitan.
Parece que, vertiendo
sus lágrimas de perlas,
se duelan de mis males
y mis trabajos sientan.
Ya á mí no me conozco.

que tal olvido enjendra
desgracia que no admite,
cordura ni paciencia, etc.

No todas las endechas de esta larga composicion son tan bellas ciertamente; pero hay muchas iguales á las anteriores, y la desigualdad que entre unas y otras se advierte, es á poco más ó menos la que ofrecen los poemas de la misma índole en Lope de Vega y los demás poetas de primer órden. Ya en la composicion que acabamos de citar, se nota tambien con cuanta felicidad sabia describir yerbas y arroyos nuestro madrileño poeta; pero en este particular fácilmente podria hacerme interminable, y es fuerza que dé punto á mi artículo ya pronto.

Limitaréme, pues, á probar brevemente que sabia hacer tambien este poeta excelentes tercetos, como se vé en una larga *Elegia* donde se hallan los que siguen:

¡Qué poco tiempo al desdichado dura
el bien: trágico sea, odioso ejemplo,
mi naufragio, mi vida y desventura!

—

Que cuando yo á mí mismo me contemplo
gozoso un tiempo, y ya en continuo llanto,
aun con el tiempo mi dolor no templo;

—

Mientras que encubre de la noche el manto
al racional, al bruto, en ocio y sueño,
y de las aves se suspende el canto.

—

Solo yo triste, etc.

Ciertas incorrecciones como una que se halla al final del verso interrumpido, acaban de poner en claro que el libro de que trato no habia recibido la última mano; que, sin duda no omitiera su autor, á haber pensado en imprimirlo. Y la verdad es que merece el tal libro estar impreso; y que yo, por mi parte, no renuncio á imprimirlo algun dia. Porque es de notar que muchos de los versos citados no son de los mejores que contiene. El deseo de dar á conocer lo más posible la persona del autor, que suele interesar tanto como las obras mismas á los lectores de este siglo, me ha hecho preferir á otros mejores, no pocos de los versos que he copiado. Nada he dicho, por otro lado, acerca de los versos italianos del autor, que no son por cierto inferiores á los castellanos, aunque estén en mucho menor número. Este artículo puede ser, en suma, más bien el anuncio de un libro inédito, que no su análisis y estudio concienzudo.

Mas ántes de terminar quiero todavía llamar la atencion de los lectores de la ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA hácia una circunstancia importante, y es, que habiendo florecido ya por los años de 1640 á 1644 este inspirado hijo de Madrid, no se halla en su libro la menor huella del *culteranismo* á la sazon reinante. Lo único que en sus versos aparece es el alambicamiento amoroso y artificioso discreteo que, desde el tiempo del Petrarca, distinguió á los poetas italianos; y que, tanto ó más que en mi desconocido autor, se nota en los mejores que hubo en España en el siglo XVI. Formóse aquel, indudablemente, en Salamanca ó Madrid, con el estudio asiduo de Herrera, Rodrigo Caro y Lope de Vega en los buenos dias; y cuando se halla en sus versos alguna mayor afectacion que en los de sus modelos, nunca parece debida al influjo de Góngora, sino más bien al del famoso caballero napolitano, Juan Bautista Marini, muerto en 1625, cuyas obras ciertamente conoció en Italia. Fácil de esplicar es, entre tanto, que se haya perdido el nombre y la memoria del poeta madrileño, por lo mismo que eran en aquel tiempo tantos en número los españoles que habitaban, con mil motivos diversos, la Ciudad Eterna. En 1640 halló nuestro embajador bastante número de ellos para sacar violentamente de Roma al príncipe de Sanz, refugiado allí desde Nápoles; y conducirle á aquella capital, donde sufrió el último suplicio. Por el mes de junio de 1642, cuadrillas de castellanos y catalanes ensangrentaron á Roma, dirimiendo á tiros en sus calles y casas, nuestra civil discordia. En 1643, por fin, y no lejos de la famosa fuente de Trévi, hubo ya una verdadera batalla campal entre los españoles que acompañaban al marqués de los Velez, nuestro embajador, y los portugueses y franceses que escoltaban al obispo de Lamego, enviado en Roma del rebelado duque de Braganza, con pérdida de cinco muertos y siete heridos por parte de los portugueses y franceses, y dos de los primeros y nueve de los segundos por la de los españoles. Durante estos años y los siguientes estuvo mi poeta en Roma, segun aparece en su libro: ¿quién sabe, pues, la parte que tomaria en tales sucesos, si volveria incógnito á España para purgar sus liviandades de mozo sepultándose en algun convento, ó si más bien sucumbiria al cabo en alguno de los sangrientos encuentros que, á cada paso suscitaba entónces, en aquella gran metrópoli neutral, la rivalidad de las naciones cristianas? Muy ocasionado es á tropiezos y caidas el caminar por tales tinieblas, y bueno será hacer aquí alto.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

EL PUERTO DE VALENCIA.

El puerto de Valencia, completamente artificial y construido á costa de grandes sacrificios, es hoy uno de los más importantes del Mediterráneo, y despues del de Barcelona, el mayor de nuestra costa de Levante.

La playa del Grao, unida y baja, no ofreció nunca el menor refugio á los buques que frecuentaban esta costa, y preciso ha sido recurrir á grandes y costosas obras para crear un puerto que facilitara el comercio de esta rica comarca. Dejándose sentir esta necesidad ya en el siglo XV, el caballero Antonio Joán construyó un muelle de madera mediante privilegio del rey don Fernando fechado en Córdoba á 28 de mayo de 1483, ascendiendo su coste á 10.000 florines y su conservacion á 6.000 anuales.

Destruido este desembarcadero por una avenida del rio Turia, y no pudiendo hacer su reparacion el entonces propietario baron de Tous, cedió sus derechos á la ciudad, mediante escritura del 1.º de agosto de 1555, por una pension anual de 4.500 sueldos en representacion del capital de venta que ascendia á 67.500. Á consecuencia de las costosas reparaciones que exigia este desembarcadero, acordó el Consejo general, en 23 de enero de 1686, construir otro de piedra con arreglo al proyecto presentado por el ciudadano de Valencia Tomás Güelda en 28 de mayo de dicho año. Este muelle ó embarcadero fué construido en breve tiempo; pero visto que daba lugar á la retirada del mar, se decretó su demolicion por mandato del rey Cárlos II en 15 de noviembre de 1698. El crecimiento de la playa envolvió las ruinas del muelle, que fueron puestas en evidencia en 1852 por los efectos del dragado, y habiéndose decretado su estraccion en 17 de marzo de 1864, se efectuó por medio de buzos provistos de escafandras, quedando terminada esta operacion en 30 de junio del citado año, habiendo producido 10.515 quintales de piedra é invertido en ella la cantidad de 17.187 rs. vn. Cerca de dicho muelle existió el almacen denominado del Consulado (vulgo Casota) construido á espensas del comercio en 1767, que fué demolido por decreto del ingeniero de la provincia en 1864.

Deseando la Junta de comercio dotar á Valencia de un puerto cómodo y seguro, acudió al rey en 14 de agosto de 1787, solicitando permiso para construirlo con arreglo á los planos de Tomás Güelda, contando al efecto con un fondo de 70.000 libras sobrantes del derecho consular, accediendo á ello S. M. por real órden de 31 de julio de 1791. En 26 de marzo de 1792 se dió principio á las obras que debian limitarse á un mero desembarcadero, habiéndose gastado en ellas hasta 30 de mayo de 1795 6.694.928 rs. vn. 5 mrs. En 22 de mayo de 1798 dispuso S. M. continuar las obras, ampliando el proyecto en forma de polígono, llevándose á efecto con suerte varia y repetidas suspensiones por falta de fondos, hasta 30 de junio de 1805, en que se paralizaron definitivamente, habiéndose invertido en ellas y sus almacenes y dependencias 20.000.000 de reales.

A instancia de la matrícula del Grao volvieron á continuar las obras desde 1.º de abril de 1821 hasta 31 de diciembre, bajo la direccion del arquitecto don José Serrano, cuyas obras importaron la cantidad de 333.347 rs. 32 mrs., incluyendo en ellas dos rampas de fábrica. Nuevamente suspendidas y vueltas á emprender las obras por diferentes veces y distintas administraciones con mil vicisitudes, llegaron hasta 1852, sin que pueda fijarse de una manera exacta el coste de las obras en este período. En este estado las cosas, se encargó al ilustrísimo señor inspector de ingenieros, don Juan Subercase, el estudio de las mismas y la redaccion del proyecto definitivo, que fué aprobado por real órden de enero de 1852, el cual, reformado por el autor y aprobado de nuevo en 26 de febrero de 1856, vino siguiendo hasta 1.º de diciembre de 1865, en que se aprobó la segunda reforma propuesta por el ingeniero jefe de la provincia, don Francisco García San Pedro; ascendiendo este nuevo presupuesto á la suma de 59.679.097 rs. vn. 86 mrs.

Durante este período, se encargó la contrata de las obras del puerto á don Narciso Carriquiri, que empezó el arroje de piedra en 28 de abril de 1853, y continuó hasta 31 de mayo de 1860, en que lo suspendió en razon de haberse contratado en 31 de octubre de 1859, á favor de la Sociedad de Crédito Valenciano, por la suma de 34.298.000 rs. vn., ó sea con una rebaja de 7.116.595 sobre el presupuesto del gobierno, aprobado por real órden de 2 de agosto de 1859. El acto de la subasta lo fué por real órden de 12 de noviembre del citado año. En este período se construyeron 381 metros de muelle, invirtiéndose en ello 4.061.298 quintales de piedra, que costaron 4.602.934 rs. vn. La Sociedad de Crédito comenzó sus obras el 19 de noviembre de 1860, habiendo construido hasta 31 de diciembre del 65 una extension de muelle que mide 620 metros, que han costado 8.260.712 rs. vn., invirtiendo 11.178.836 quintales de piedra. Este muelle y su prolongacion mide 80 piés de anchura, siendo el trozo anterior ó más próximo á tierra, 119; modificacion propuesta por el ingeniero don Eduardo Mojados. Al mismo tiempo avanzaba tambien la construccion del contramuelle ó muelle del Oeste, continuando en ambos muelles hasta 1866, en que se pensó nuevamente en modificar los planos, pues se habia observado que, por ser la direccion del muelle de Levante demasiado inclinada al Sur, impedia, en los casos de temporal, que en Valencia son frecuentes con viento N. N. E., que los buques tomaran fácilmente el puerto, pues para doblar la punta del muelle, necesitaban orzar mucho, y en esta situacion, la violenta corriente que en aquel punto se forma, los cogia de través, haciéndoles varar en la playa. El gobierno no aprobó la modificacion propuesta por los prácticos y matrícula del Grao, y continuaron las obras, construyéndose los muelles transversales del Este y Oeste, que, arrancando cada uno del muelle principal correspondiente, dividen el puerto en dársena y ante-puerto. La longitud del transversal del Este es de 245 metros, y su coste el de 1.517.382 rs. vn. El transversal del Oeste mide 220 metros, que cuestan 1.336.149 rs. vn.

El puerto se ponia en comunicacion con el pueblo del Grao por dos puertas monumentales de dos arcos cada una, construidas en 1798 por la empresa de las obras, y de las cuales una fué demolida en 1865, á solicitud del ayuntamiento del Grao, que deseaba embellecer y mejorar la salida al puerto desde la calle Mayor de la villa. La Sociedad de Crédito continuó las obras, segun el proyecto aprobado por el gobierno, pero la Junta revolucionaria de 1868 decretó la variacion del muelle de Levante, segun se habia propuesto, y en este sentido, es decir, tomando una direccion más hácia el Este, continuó la construccion de dicho muelle hasta 1869, en que se suspendió finalmente.

El contramuelle tambien sufrió modificacion, dirigiendo su estremidad hácia el Sur, en lugar de ser hácia el Este, segun se indicaba en los anteriores proyectos, y que cerraba por completo la ya difícil entrada del puerto.—La profundidad de éste es muy variada, por el movimiento del fango y arenas que lo forman, variando de 10 á 30 piés. Dos poderosas dragas se ocupan continuamente en profundizarlo é igualarlo.

El muelle de Levante, desde el momento en que se separa de tierra, está resguardado por la parte del mar de una fuerte escollera, contra la que se estrellan las olas durante los temporales, protegiendo todo el espacio que queda del lado del S. O. á sotavento. Los transversales tambien tienen su escollera por la parte de afuera, pero mucho más baja.

Una via férrea recorre los muelles en toda su estension, sirviendo para el acarreo de la piedra y su arroje, y otra para la conduccion de las mercancías.

Toda la parte del puerto que da á tierra está circundada de edificios, contándose entre ellos la Aduana, que en nuestro dibujo se ve á la derecha, detrás del trasversal. Despues varias oficinas y talleres de la misma empresa constructora. Sigue á estos la puerta de dos arcos que queda en pié, y á continuacion una extensa línea de almacenes de planta baja, varios edificios particulares, y, por último, la estacion del ferro-carril de Almansa, que fué construida en 1864, y se distingue á la izquierda de nuestro grabado.—Sobre el muelle de Levante se ven la capitanía del puerto, hoy trasladada al de Oeste, la Casa-Sanidad y dos casitas de los encargados del faro.

La longitud total de los muelles, desde el estremo del de Oeste al de Levante, sin contar los transversales, es de 3.300 metros. La anchura mayor de la dársena de E. á O., es de 740 metros, y la de N. á S. de 565 metros.

El coste total de las obras del puerto, hasta 31 de diciembre de 1865, es de 7.658.142 escudos 811 milésimas.

El puerto de Valencia carece de faro digno de él, pues como tantas y tantas veces se ha variado el proyecto, no se ha llegado á pensar formalmente en él. Hasta há poco tiempo no ha sido más que un mal fanal colocado al estremo de un palo. La Sociedad de Crédito, considerando la necesidad que habia de él construyó provisionalmente un pequeño faro de luz fija y roja montado sobre un wagon que adelanta sobre los rails á medida que adelanta la estremidad del muelle

Nuestro dibujo, tomado del natural desde lo alto de los palos de una fragata por don Rafael Monleon, especialista en el género de marina, da una idea muy exacta de la localidad y forma del puerto, pues se ve casi á vista de pájaro.

LA MARQUESA DE LOS CASTILLEJOS.

El muelle de Levante se avanza al primer término, en el que se distingue el wagon Faro y el *tiping* ó balanza que sirve para el arroje de la piedra inclinando el wagon que está cargado de ella; sobre el muelle se ve correr un tren de dicho material.

Despues se distinguen los trasversales separando y cerrando la *dársena* llena de buques; alrededor se agrupan los edificios que hemos mencionado y el pueblo del Grao, y hácia la derecha se estienden las rectas calles del *Cabañal* y *Cañamelar*, residencias de verano.

Á la izquierda, el rio Turia desemboca en el mar muy cerca del puerto, y en el fondo como á media legua de distancia se distingue la bella ciudad del Cid blandamente recostada en su amena y verde llanura.

RAFAEL MONLEON.

UNA CATÁSTROFE.

El dia 27 de mayo próximo pasado, el tren número 332, compuesto de ocho wagones y seis furgones de mercancías, partió de Saint-Sulpice-Lauriere, cerca de Limoges, á las cinco de la mañana, conduciendo á Poitiers unos 25 pasajeros.

Despues de haber atravesado la empalizada del camino de Gençay, á la distancia de algunos centenares de metros del túnel de Saint-Benoist se rompió de pronto el eje del sétimo wagon núm. 33.737, perteneciente á la compañía de Paris-Lion y Mediterráneo. Un choque terrible tuvo lugar; una parte del eje se clavó en tierra, y mientras que la locomotora continuaba su marcha hasta la entrada del túnel, los seis

ESCENAS DE LA VIDA.—El usurero prestamista.

wagones del tren, pasando sucesivamente por aquella prominencia, descarrilaron y fueron á caer destrozándose á lo largo de un pantano de 30 metros de altura sobre una estrecha lengua de tierra situada entre una peligrosa montaña de piedra y la bellísima ría de Clain.

Eran las nueve y treinta y cinco minutos de la mañana: los alumnos del seminario de Poitiers que se paseaban por las colinas que hay en la huerta que les sirve de recreo, acudieron acto continuo al sitio de la catástrofe, y se entregaron á las faenas necesarias para prestar auxilio á los infelices viajeros.

Abiertas inmediatamente las portezuelas de los wagones, los que se hallaban dentro fueron librados de su horrible cautiverio.

Los que milagrosamente estaban sanos y salvos ayudaron á los seminaristas á auxiliar á los heridos. Estos fueron ocho, y dos los muertos.

EL GENERAL PRIM, MARQUÉS DE LOS CASTILLEJOS.

Uno de estos era un soldado que, lleno de gozo por haber obtenido de sus jefes 15 dias de licencia, corria alegre á pasarlos al lado de su amada familia.

Uno de los heridos, que habia sufrido la amputacion de una pierna, al caer el wagon, la mostraba á corta distancia suya á los que contenian la sangre que brotaba de su rodilla.

El grabado que publicamos reproduce con todo su horror esta espantosa escena, que deseamos no se repita nunca.

EL GENERAL PRIM.

Cualquiera que sea la opinion que haya formado el lector de este personaje político, no podrá menos de convenir en que, hoy por hoy, es la figura más culminante de la revolucion española.

Presidente del Consejo de ministros, él dirije las riendas del carro revolucionario, y son tales los escollos que encuentra en su camino, que al salvarlos, une á la justa fama que goza como militar, la no menos importante de hábil político.

Objeto de todas las miradas, claro es que al paso que unos ven en él el aventurero que ignora á dónde vá, pero que confia en su suerte, otros presumen que su conducta en las actuales circunstancias revela un tacto admirable, una serenidad inaudita, una paciencia y una perseverancia que jamás se reunen en un solo hombre, y mucho menos cuando este hombre tiene un alma vehemente é impetuosa.

Las luchas que ha tenido que sostener el general Prim desde el momento en que triunfó la Revolucion en la bahía de Cádiz hasta el dia de sus famosas de-

claraciones en la Asamblea, atemorizarian al más denodado adalid: él ha acudido á todas partes, siempre firme, siempre sereno y perseverante.

Es harta conocida su historia para que necesitemos recordarla: por otra parte no bastaria el espacio de que podemos disponer para hacer un bosquejo de las vicisitudes por que ha pasado el héroe de Reus y de los Castillejos.

Son muy recientes los acontecimientos en que ha figurado, y en las ciudades y en las aldeas, y hasta en las mismas filas del ejército, hay millares de hombres que atestiguarian de buen grado su valor y su arrojo en el combate.

Tal vez su vida política hasta la Revolucion de Setiembre no es tan brillante como su vida militar.

El soldado, al dejar de obedecer para mandar, fluctúa; sus opiniones se van formando, y cada dia que pasa aumenta la fijeza del político.

Donde empieza á darse á conocer su natural penetracion es en Méjico. La gloria le halaga, el ejército español mandado por él se coloca al nivel del francés y el inglés; todo le sonrie, el emperador Napoleon le mima, y sin embargo, sus sentimientos liberales le hacen comprender que no hay nunca justicia para oprimir á un pueblo, para robarle su independencia; su gran penetracion descorre el velo del porvenir, adivina el sangriento drama de Querétaro, y no quiere hacer cómplice á su pátria de aquella intriga cuyas funestas consecuencias preve.

Colocado en España al frente del partido progresista, trabaja activamente por el triunfo de sus ideas, arrostra toda clase de penalidades, y se une, por fin, á los generales unionistas para destruir la dinastía y plantar en España la bandera de la libertad.

¿Se ha satisfecho con este triunfo? No es posible contestar á esta pregunta. Hay quien supone que el desenlace de la Revolucion será el sueño de la Europa liberal, esto es, la union ibérica.

Es tal la reserva del jefe del gabinete, tal el tacto que despliega, que no hay fundados motivos para sospechar siquiera cuáles son sus planes.

Hoy por hoy, él sostiene el edificio revolucionario; hoy por hoy, es la primera figura política de España, y esto nos basta para reproducir su retrato, seguros de que su mérito artístico complacerá á los admiradores del general Prim.

Tambien publicamos el de su ilustre esposa, y nos complacemos en estremo de acompañarle con algunas líneas, eco fiel de los sentimientos que tan noble señora inspira á cuantos tienen la fortuna de tratarla de cerca.

Hija de una opulenta y aristocrática familia de Méjico, originaria de España, se enlazó con el conde de Reus, y no hay una sola persona que goce de la intimidad de este personaje, que no publique las virtudes de su esposa, virtudes poco comunes en nuestra época y que en ella son natural consecuencia de su alma angelical, de su claro talento, de su singular modestia, modestia que resalta mucho más, al aparecer adornando á una dama que ocupa al lado de su esposo uno de los primeros puestos de la nacion.

LA CASA DE PRÉSTAMOS.

No necesitariamos escribir una sola línea para que el lector comprendiera el fondo de horrible tristeza que hay en la composicion que con el epígrafe de *Una casa de préstamos* les ofrecemos en este número.

Por desgracia el préstamo, sostenido por la pereza y la vagancia, ha adquirido gran desarrollo en nuestro país. En las capitales y las aldeas acecha los estravíos y las desventuras, y les vende á caro precio un estéril consuelo. En Madrid no hay calle en la que no haya una ó más casas de préstamos.

La que el señor Laporta ha bosquejado no es el establecimiento moderno, con sus oficinas, sus departamentos de tasacion, de ventas, etc., con sus gabinetes secretos para tratar los negocios reservados; es la vivienda del usurero. Aunque no se ve la cara del protagonista, por el contorno de su cabeza, y la minuciosidad con que examina los últimos restos del bienestar de una familia, se adivinan en él todos los rasgos de la codicia y del cinismo.

Colgadas las prendas, hacinados los objetos, á sus solas se recrea en aquellos míseros testigos de grandezas pasadas. Un fatídico gato da carácter al cuadro, y hasta el botijo de agua que aparece al lado del usurero le caracteriza más y más. Ese hombre avaro debe estar en continua combustion; su conciencia debe hacerle tragar mucha saliva, como se dice vulgarmente, y necesita de cuando en cuando apagar un poco el fuego que arde en sus venas.

Pero lo más triste, lo más desconsolador es el grupo de la madre y la hija, que para estirar un dia más su existencia han llevado á empeñar las últimas alhajas, los recuerdos de felicidades perdidas. Sí; en aquella caja que examina el prestamista están simbolizadas las dichas de la pobre mártir. En su rostro se lee toda una historia de enfermedades, de sacrificios. Ha perdido á su esposo, ha perdido la salud velando á la cabecera de su hija demacrada y enteca, ha trabajado pasando noches y noches en vela, le ha faltado trabajo y ha ido llevando á la casa de préstamos los vestidos, los colchones: ya no les queda más que los regalos de boda, unos zarcillos de oro, una sortija, un rosario de plata, su eterno compañero, su único consuelo; pero el tiempo sigue su marcha, el hambre va á herir de muerte á su hija... un dia más, y al siguiente la vereis en la esquina de una calle implorando una limosna.

El cuadro es horrible, pero cierto.

¡Cuánto tiene aun que hacer la caridad cristiana!

NIEBLAS PARDAS.

ESCENAS DE LA GUERRA CIVIL.

(CONTINUACION.)

II.

ALTA DE GUARNIZO.

Así llaman geógrafos y naturales á la agreste montañuela por donde iba trepando el pescador, la cual, esponjándose y partiéndose en mogotes desiguales, como henchida por el sol y rajada por las lluvias, se estiende y va á caer por una parte entre los cerezos de Camargo, por otras dos en los marcos de Piélagos y en los juncales de la ría.

La loma que el regocijado montañés iba venciendo á compás de sus coplas, y el camino que la ciñe, apenas hollado ahora por un carro de *rozo*, fueron tiempos anteriores al ferro-carril transitados por ruedas y herraduras. Esa cumbre era lugar á donde no se acercaban muchos pasajeros sin crecerles la prisa del corazon y su latido. Desde allí, tras larga ausencia, descubria el estudiante por vez primera el mar, y el panorama de la ciudad, blanco y refulgente, arrimado al calizo morro de Peña-Castillo, que recuerda la siniestra Sierra-Elvira del llano de Granada.

Y por mala vida que hubiese llevado, por olvidado que hubiese vivido de las mejores deudas del alma, de afectos y memorias, todavía la postrera pisada de su pié para dominar la altura y descubrir la pátria, la pátria siempre cara y siempre hermosa, la daba con más vivo afan, con mayor anhelo, y al golpe de su suela sobre la grava del camino, respondia otro golpe hondo, interno, dentro del pecho, golpe que resuena en la garganta y empaña la voz, que resuena en la sien y humedece los ojos, golpe que, ahuyentando súbitamente de la permanente memoria, años, épocas, intérvalos de vida ricos y fecundos, predilectos y ansiosamente devorados, la ocupa toda entera con imágenes, con visiones de tiempos más remotos, más vagos, más estériles, de tiempos que la arrogancia del mozo desdeña y la flaqueza del anciano adora.

De aquella masa mal dibujada y confusa de cal y piedra, bañada del sol refulgente y luminoso, que desde lejos presenta una ciudad á mediodía, destacaban los ojos de cada viajero calles y edificios, puertas y aposentos, y escenas, costumbres, ocupaciones y entretenimientos, diversos para cada cual, y para cada cual igualmente tiernos y queridos; y así cuando la caravana era numerosa, repartiéndose los ángulos y confines del pueblo en la efusion instintiva y muda de los corazones, no quedaba rincon de la pátria que no fuera saludado por una mirada, por un deseo, por un acto; todo calor, todo espíritu, semejante al acto de una alma que herida se dirijiese á Dios sin saber las palabras con que se le invoca y se le bendice.

No de otro modo, desde la cumbre del Abarim inundaba el hebreo con la aspiracion infinita de su alma su prometida tierra antes de recobrarla.

Acaso leyendo algunos mis pobres hojas en Santander, recordais algo semejante á lo que ellas cuentan, y las vestís con la luz y el jugoso color de los afectos propios, supliendo tanto como la pluma torpe y perezosa calla. Más no por torpe y perezosa se escusa de veraz; preguntad á cuantos os rodean y con vosotros viven; de boca de ellos tomé yo mis narraciones, porque persuadido de cuán difícil sea poseer ojo perspicaz y cerebro firme para interrogar las luminosas brumas del porvenir, prefiero estudiar en el pasado y pregunto á lo que vivieron, cómo y para qué han vivido.

De ellos ó vosotros, alguno recordará la cruz de castaño bruto y su inscripcion de almagre, corrida de brazo á brazo en ruda é ilegible bastardilla, que estuvo despues en aquella cumbre, encajada en un tajo del desmonte sobre la carretera. Esa cruz señaló despues el punto á donde ahora va llegándose el pescador.

No se inflamaba éste como un estudiante á vista del horizonte pintoresco; no tenia en la ciudad casa, ni amigos, ni novia siquiera; hubiéralos tenido, y sido estudiante, y sentimental, y poeta, mal pudiera soltar la rienda á imaginaciones y ternezas nacidas de la contemplacion del paisaje, porque se lo cerraba á dos pasos de la nariz la niebla.—Niebla parda, fria, pegajosa, que al pasar roza la piel, la estremece, y penetrando ropa y carnes parece colarse hasta el torrente caliente y vivo de la sangre, y helar su fuego, parar su curso, estinguir su alegría.

De la niebla, y de una espesa mata de argomas surgió un bulto humano, y del bulto brotó una voz bronca y baja.

—¡Alto! dáte, que te mato.

Y sin dar tiempo á respuesta, el bulto saltaba sobre el sorprendido aldeano, dándole bruscamente en el pecho con la boca de un retaco.

—¿Vienes de la venta? preguntó el siniestro y brutal aparecido.

—Sí señor, contestó azorado el aldeano.

—¿Están allí los nacionales?

—Sí señor.

—¿Hay más fuerza?

—Sí señor.

—¿De ejército?

—Sí señor.

—¿Cuántos serán?

—Un batallon.

—¡Voto á Cristo! anda delante.

Y metiéndose por la maleza, llegaron á un grupo de traza facinerosa.

—¿Qué hay? dijo uno que parecia jefe y tenia su caballo del diestro.

—Que están ahí, pero que no les entramos, contestó el que llegaba.—Este hombre los ha visto; tienen un batallon, sea medio;—perdimos la jornada.

El jefe soltó un juramento hediondo y golpeó rabiosamente el suelo con la vaina del sable.—Y se alzó un coro de blasfemias, en medio de cuyo precito murmullo temblaba el pobre preso, encomendándose á Nuestra Señora del Cármen, su mayor devocion.

La audacia de ciertos bandidos para un golpe de mano corre parejas con el desaliento que los invade, apenas hallan frustrada su tentativa.—Puntualmente impuestos de los movimientos de las tropas, sus enemigas, estos que aquí hallamos, prácticos en clima y en terreno, diestros en prevenir y usar cuanto en cielo y suelo puede ayudarles, niebla ó aspereza, habian pasado con tiempo el Solia, y encaramándose al alto, corriéndose por la sierra á Poniente, esperaban sorprender á los nacionales ó cortarles su retirada. Habian dejado previsoramente guardado el puente, desde donde podian á su vez atacar la venta por Parabayon y las Vegas, tomándola así entre dos fuegos.

Las noticias inesperadamente adquiridas desbarataban el plan; una cosa era caer por sorpresa sobre una partida de nacionales divertidos y apenas fogueados, y otra habérselas con un batallon aguerrido y duro, mal sufrido para tolerar embestidas de salteadores y abonado para tomar la ofensiva, cortarles el paso y acorralarlos entre sus bayonetas y las de la guarnicion de Santander.

Así era tanta y tan desesperada su furia; así ya pensaron únicamente en retroceder y cobrar su terreno y su guarida sin provocacion y cautelosamente.

—¡Oiga usted, comandante! dijo de pronto uno de los facciosos, haciendo con la mano pabellon á la oreja para recojer mejor el ruido.

El comandante copió la accion, y dijo:

—¡Es fuego!

Efectivamente se oian tiros á intervalos, y no muy lejanos, aunque la niebla hacia acaso su estampido más penetrante y sonoro.

La ira y el desconcierto de los partidarios llegaron á su colmo.

—¡Alguna descubierta de la venta!—continuó el jefe.—¡Abajo! ¡á ganar el puente! y se preparó á montar.

Apenas se hubo colocado en la silla, vió cerca al aldeano entre dos de su hueste.

—Acabarle á ese, que no garle, gritó entre dos reniegos.

Y obedeciendo el inhumano mandato, una bayoneta aguda entró por la espalda del mísero preso y lo derribó en tierra, exánime, partido el corazon. Eso dan por la vida de un hombre algunos de sus semejantes.

Aquel capitan tenia historia, y la de sus hazañas comenzaba con un capítulo de rara ferocidad.—Mozo todavía, y nadador consumado, vivia en las riberas del Cadagua, que riega las Encartaciones, era práctico en el rio y sabia todos los secretos y peligros de su cauce mejor que los rincones de su casa y el fondo de sus bolsillos, que no lo tenian. Los franceses ocupaban el territorio y solian bañarse al anochecer en los remansos; alguno de ellos, que retirado y solo se fiaba á la inocente trasparencia de las aguas y en la cándida serenidad del cielo, sintióse súbitamente agarrado por invisibles manos y quedó sumergido en el pozo antes de haber podido clamar y recibir socorro; luego á buena distancia del pozo, cauteloso y sutil como la carnicera y ahita nútria que busca su cueva, se deslizaba un bulto humano entre los espesos retoños de aliso y sauce que asombran la márgen, y desaparecia bajo los tallos de la mies ó los troncos del bosque. Si la naturaleza parecia con su silencio y su indiferencia cómplice y encubridora del crimen, era porque dejaba á cargo del orgullo humano el delatarle, cegado por la sanguinaria vanidad.

No es, pues, de estrañar la calma implacable con que ya endurecido por el tiempo, la vida y la profesion, ensañado por la mala ventura del momento, hacia quitar la vida á un hombre.

Cuando se alejaban del tibio cadáver, se le oia, entre otras palabras, murmurar las del soldadesco proverbio: «al paisano y al limon, estrujon,» cual si pretendiera escusar su crueldad con memorias de más noble y regular estado; parecia querer decir á su gente que si era homicida habia sido soldado.

III

PUENTE-SOLÍA.

Si al subir el pescador la fatal cuesta no llevara todos sus sentidos empleados en la cancion y en la ganancia, hubiérale sin duda despertado el oido y los recelos un seco chocar de herraduras en los cantos sueltos de una calleja vecina.

Por ella desembocó un ginete, viniendo á turbar la sabrosa ocupacion del vivaque. Más de un estómago sintióse harto con su llegada; más de una mano se paró antes de llegar á la boca, y deshaciendo camino, volvió al plato ó la cazuela la cuchara llena y próxima á sumirse entre ambas mandíbulas: no hay en campaña suceso indiferente; un ordenanza, un peon, un correo, traen á menudo órden de súbita marcha, anuncio de peligros, nuevas de victoria, señal de combatir. Los veteranos, agenos á súbitas emociones y alarmas, pero abastados de esperiencia, dieron priesa al yantar en cauta prevision de los sucesos futuros.

En la mesa de los oficiales llegaba á su punto el buen humor; todos hablaban, pocos se entendian; los milicianos brindaban á los militares con la hospitalidad de la plaza al término de la espedicion, encareciéndoles sus fiestas y diversiones, ofreciéndoselas mayores, pintando con lengua juvenil y ardiente los atractivos de la ciudad. El jóven capitan de Borbon abria dócilmente á su imaginacion las puertas del pensamiento, dejándola pintar á salvo dentro de ellas blancas imágenes, fugaces sombras, frentes pálidas y ruborosas, lábios trémulos, ojos dulcísimos ó enamorados, rostros atentos á la relacion militar, descoloridos por el miedo, húmedos de compasion ó exaltados por el valor: vertiginosas pinturas que el corazon despliega á la otra parte de todo trance duro, de todo paso difícil, para que ni dolores, ni miserias, ni la muerte misma, que ocupen el espacio intermedio, atajen ni hagan flaquear al animoso. Y el salmon humeando, tendido sobre una tabla (que en loza no era posible) curiosamente florecido con ramillos de perejil, era traido de la cocina en los robustos brazos de un soldado, y aclamado por un grito unánime de los circunstantes, cuando sonando sus espuelas y el corvo sable sobre el roto filo de los escalones, entró el recien apeado ginete.—Llegóse á su jefe, éste habló al capitan que á su derecha estaba, á la voz del cual los oficiales de infantería se levantaron.

El salmon seguia humeando, puesto ya en la mesa, abriéndosele por todas partes la suave piel, y mostrando á través de los girones sus sonrosadas y provocativas carnes.

—No se lo coman ustedes todo, dijo en tono festivo el capitan.—Guárdennos algo para la vuelta.—Y estrechando las manos de algunos milicianos, siguió á sus compañeros que le habian precedido escalera abajo.

¡Bello espectáculo de celeridad, silencio y obediencia dan los soldados cuando dóciles á la voz de mando, unánimes cual movidos de mecánica é instintiva fuerza, se arrancan uno á su sueño, otro á sus conversaciones, éste al cigarro, aquel á la comida, y ciñen las correas, cargan la mochila, cojen atrás por un ojal la falda del capote, y en un santiamén se presentan listos y formados como lo hicieron los de Borbon, sobre el camino frente á la venta!

A la cabeza de las compañías, prontas á romper la marcha formaban tres cornetas.

—Breva, mira, dijo el más viejo al más mozo. Breva alzó los ojos y miró donde pasaban volando cercanos cuatro cuervos.—¡Cuatro herederos, respondió, y luego meneando la cabeza, y sin apartar sus manos de la boca de la carabina: ¡maldecidos! ¡cómo madrugais! ¿donde oleis la carnaza? ¡así comiérais tierra!—Y los dos camaradas celebraron con risa muda, pero espresiva, este chiste que Breva repetia como por millonésima vez en su vida.

Abro un paréntesis en obsequio al lector (ó lectora) á quien este nombre de soldado haya sorprendido, y desee saber su orígen; en las vicisitudes de la vida literaria acaso ya nunca más volverá mi pluma á trazar rasgos pertenecientes á este personaje, y no me pesa detenerme poco más tiempo en su compañía. Breva debia este apodo á un cabo instructor, á cuyas manos y enseñanza habia pasado, cuando el batallon le recojió abandonado y hambriento en una de sus etapas. Era el cabo jurador y blasfemo más que un relapso, despótico y absoluto en el mando, celoso del prestigio de sus galones, nada sufrido y dispuesto siempre á contestar con la vara cualquiera interpelacion que él juzgaba desacato de sus alumnos; así por esceso de carácter, él que abusaba en toda sazon y tiempo del más soez vocabulario, castigaba en ellos igual abuso con inflexible dureza.—Cuando Breva, que entonces respondia al nombre de Bastian, se agregó á las filas, á fuer de hijo de *nadig* discípulo de sus propios instintos, educado en los desahogos y tiranías de la vida vagabunda y mendiga, casi daba cruz y raya al bueno del cabo en lo de jurar y sazonar la frase con vocablos raheces.

Y por más que la vara caia periódicamente sobre su cuerpo sin reparar la parte, como ciega que era; señalábale el fresno la piel sin hacer mella en su estilo fecundo y subido de color. Un dia recien castigado, y corriéndole rabiosas lágrimas de los ojos, apostrofó á su jefe y maestro: «Máteme usted, cabo, máteme usted; yo no puedo hablar palabra sin decir *algo*.»—Pues di *breva*, hijo de cabra, y no te subas á mayores, hablando como hablan los hombres.—Y por un esfuerzo de su desesperacion, agarrado el muchacho al nombre del inofensivo fruto, tomó á su cuenta vengarse del cabo, sazonándole cada momento la conversacion con puñados de él.—Breva arriba, breva abajo, más de una vez el veterano cayó en malicia y pensó en castigar la zumba; suspendió sin embargo su enojo el éxito feliz de su invencion: la banda primero, la compañía despues y por fin el batallon entero, adoptaron la palabra, bautizando con ella al que tanto la repetia,—con lo cual el cabo sentíase halagado en su vanidad de autor y confirmado en posesion de tal ingénio, chispa y agudeza, cual nunca habia soñado.

Buen rato marcharon las compañías sin encuentro ni aventura; los soldados caminaban con el suelto paso de hombres avezados á más duro y escabroso piso, hablándose en voz baja cuanto lo permitian las órdenes y la distancia de los respectivos jefes. La niebla les daba ocasion y argumento para inagotables chanzas:—¡echa una pajuela, Mellado!—¡anda, que te alumbre el cirio pascual!—¿cuánto dieras por las antiparras del físico?—¡patrona, atice usted ese candil, que no veo y me mareo!

Llegaban á la torrentada de Cianca, cuando sonó un tiro cercano, tanto que oyeron el áspero quejido del aire rasgado por la bala; sucediéronle otros, los mismos que habian alarmado á los facciosos en el Alta.—Algun recluta palideció al estraño silbo, pero los veteranos se contentaron con poner punto á sus diálogos y soltar el boton de la cartuchera.

Sobre un montecillo de tierra se levanta en aquellos parajes una casa de sillarejo, con su blason en la fachada y una cruz de piedra en la cumbre, solar de los antiguos de la montaña que á pesar de su aspecto exiguo y pobre, ha enviado retoños de su estirpe á honrarse con mitras y togas, solar al cual acaso volvamos un dia cuando estén más esclarecidas y puestas en su punto las cosas que le atañen.

Á este solar llegaba la descubierta isabelina, acosada y precisada á retroceder en su avance á Solia: el soldado viejo y esperto que la gobernaba, habia hasta entonces contenido á su gente; ruda empresa, porque el soldado está pronto siempre á dar gusto al dedo y á romper el fuego sin cuidarse de que hartas veces su fuego no ofende al enemigo, y delata, por el contrario, la propia debilidad: tal hubiera acontecido en el presente caso. Pero hubo un momento en que sin bastar prevenciones ni vigilancia se soltó un tiro, ese primer tiro que nunca averigua nadie de dónde salió y que abre tan á menudo sangriento catálogo de víctimas.

El capitan, sorprendido por los disparos, tuvo una inspiracion oportuna: volvióse á Breva, que nunca se apartaba de su lado, y le dijo:

—¡Alto el fuego!

Breva llevó su trompeta á los lábios, é hinchando ambos carrillos, dió esforzadamente el toque, haciendo oscilar la niebla alrededor de la ancha boca de su instrumento.—Aquellas agudas notas rasgaron la nebulosa incertidumbre que á todos envolvia, y cada cual vió claro: la descubierta su socorro, los carlistas su desgracia. No habia duda ni ofuscacion posible: ambos enemigos sabian recíprocamente su calidad y número. Encendidos por pasiones idénticas, ódio y sed de sangre, se esforzaron en realizar propósitos diversos; los partidarios acrecentar distancias, cobrar su guarida; los cazadores estrecharlas, arrojándose sobre los fugitivos.—Y trocándose los papeles, los perseguidores volviéronse perseguidos.—Y si Breva hubiera con su aliento podido disipar la niebla del ambiente como habia disipado la de los ánimos, hubiéranse visto tres grupos diversos, separados, que por la sierra y por el llano seguian una direccion uniforme, como si un pensamiento único les animase y una voluntad sola les hiciese guia.

El puente á donde caminaban apretando el paso aquellos dos centenares de hombres desparramados por senderos y malezas, parece tener algunos siglos de fecha; hoy dura como estaba poco más ó menos treinta años há, cuando en sus cercanías pasaban los casos que refiero, aplomado sobre sus cuatro arcos, como si el sillarejo de sus pilares, cediendo á la pesadumbre de los años, se enterrase poco á poco en el fango de sus cimientos; comido de lluvias y yerbas parásitas, desmoronada la mampostería de sus pretiles y reparadas las brechas con maderos más roidos y caducos aún que las piedras.—Cerca de él surge otro ya nuevo, el que ha de sucederle, y domina con sus cepas el inquieto nivel de las aguas.—Cuando cerradas sus claves ofrezca más cómodo paso, abandonaráse el antiguo, si no adelanta su ruina la mano del hombre para que ningun caminante esquive el peaje exigido á la entrada del puente nuevo.—Las generaciones de monumentos pasan como las humanas; si aún las piedras erigidas á la fé religiosa, última, perenne, pero luminosa centella de la vida, perecen, caen y se desmoronan, mal puede aspirar á eternidades terrenas las que fueron labradas para un fin transitorio de utilidad pública.

Los facciosos pasaron el puente á la desbandada, jurando unos, otros callados, todos descontentos. Apenas los hombres postreros pisaban la orilla derecha, á su espalda brotó de la niebla una voz clara, robusta:

—¡Viva Isabel II! ¡á ellos, Borbon!—y sonaron las tres cornetas tocando ataque.

Maquinalmente volvieron rostro los perseguidos, encararon los fusiles, soltaron cuatro ó seis tiros, y corrieron trepando apresuradamente por las fraguras de Liaño á emboscarse en Monte-Cabarga.

En tanto el capitan—suya habia sido la voz—pasado el pecho de un balazo, se recostaba moribundo sobre uno de los maderos que suplian al caido parapeto; cedia al peso del cuerpo la armazon ruinosa, y el herido caia á terminar su agonía en las bullentes aguas de la marea.—Allá van arrastrados en la violencia del reflujo, juventud, porvenir, sueños de gloria, propósitos de venganza, ambicion y bizarría,—allá van como hojas que el otoño suelta y la corriente arrastra, del rio á la bahía, de la bahía al grande Océano:—cadáver envuelto en los azules velos de las aguas, escondido á toda mirada compasiva que pudiera acompañar su lúgubre y solitaria travesía con un Padre nuestro, va á pasar ante los muelles de Santander, él que soñaba llegar á ellos en son de triunfo, halagado, aplaudido, objeto de curiosidad, de entusiasmo, de inocente admiracion, acaso acaso de ardiente é inesperada simpatía.

Breva, que seguia de cerca á su capitan, apenas percibió el bulto que se detenia, llegaba al pretil, se inclinaba al abismo y desaparecia, pero oyó claramente el golpe del cuerpo en el agua, como habia oido silbar las balas disparadas.—Sin poderse contener el corneta gritó: ¡mi capitan! y se inclinó sobre el parapeto.

En tanto llegaba á la venta un ordenanza con pliegos de la plaza. — Portal tocaba botasillas á poco rato; y algo más tarde desfilaba la caballería al paso, tomando el camino de Puente-Arce para incorporarse á algunas otras fuerzas y marchar sobre Astúrias. En Torrelavega supieron la muerte del capitan de Borbon. —Ninguno la temia, todos la sintieron; una nube de melancolía cruzó por el alma, oscureció el espíritu de muchos de ellos, recordaron con mayor ternura su casa, su mujer, sus hijos, y pensaron que acaso se habian despedido de ellos para siempre.

JUAN GARCÍA.

SUCESOS DE PORTUGAL.

Como complemento de las noticias relativas á la última sublevacion militar portuguesa, reproducimos un grabado que reprenta el momento en que el capitan Pina Vidal arenga á los soldados en el cuartel impulsándolos á derribar el ministerio Loulé para poner al frente del gobierno al mariscal Saldanha. Los soldados, acogiendo con entusiasmo la proposicion, se aprestan á realizarla. Tal es el asunto del grabado.

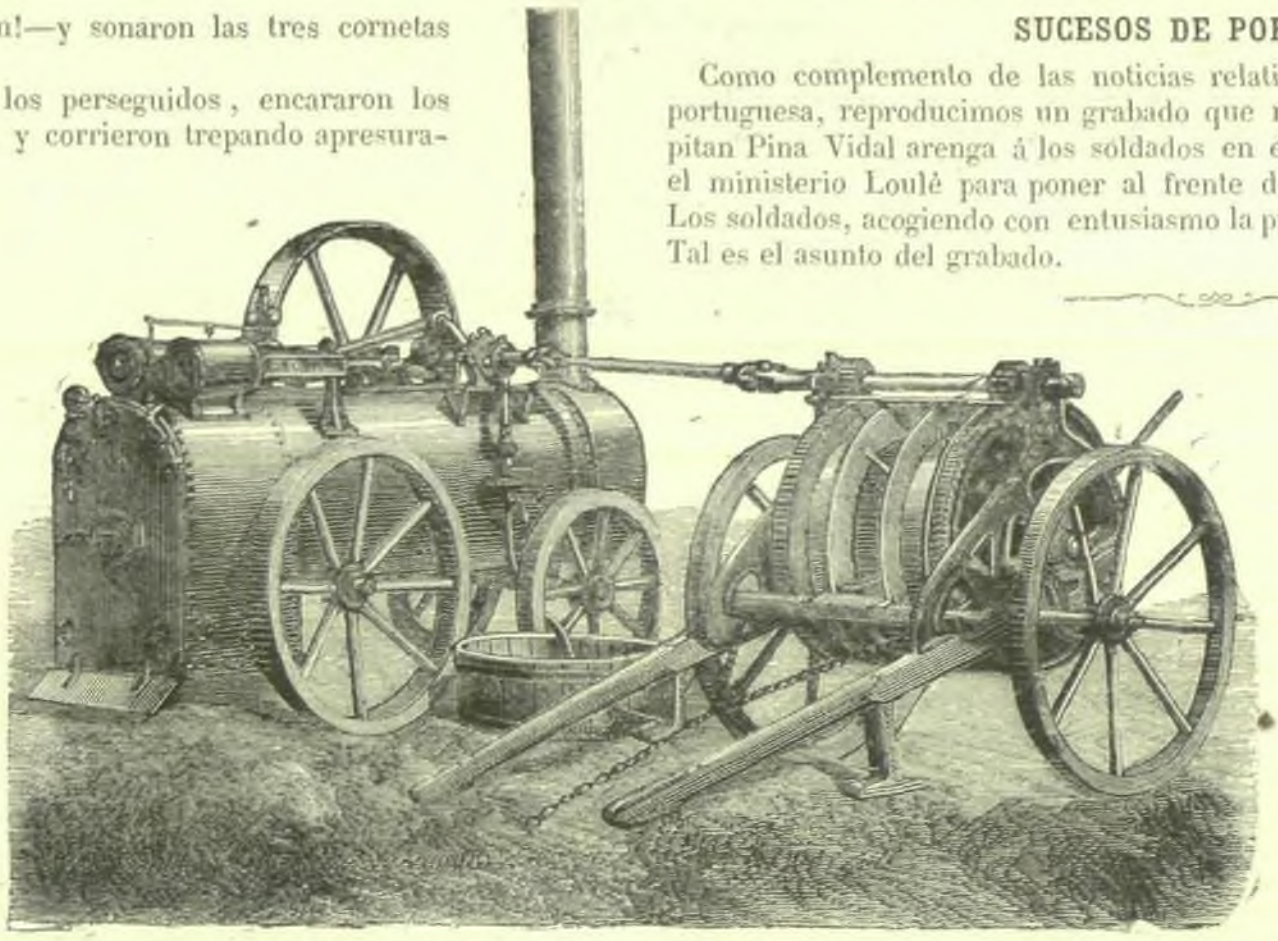


FIG. 1.ª—Locomotora de Howard.

LA FÉ DEL AMOR.

NOVELA

por

D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONTINUACION.)

VIII.

LA INSUFICIENCIA DE LA LEY.

La autopsia demostró que doña Eufemia habia muerto por una asfixia producida por estrangulacion y por una presion brutal sobre el pecho.

La herida de bala que habia hecho saltar su cráneo habia sido posterior á la muerte.

Un reconocimiento pericial demostró que el asesinato habia sido cometido bajo el sotechado de la casa de la Enramadilla, junto al hoyo donde sin duda habia estado enterrada la olla, cuyos cascos habian quedado allí, así como algunas onzas mejicanas que atestiguaban que el objeto del asesinato habia sido el robo.

Se demostró tambien que el cadáver habia sido arrastrado desde el lugar del crimen á la espesura donde se le habia encontrado.

Pero no se pudieron hacer constar señales de ruedas más que en las tierras de labor y fuera de la arboleda, donde se habia encontrado el cadáver, y como á trescientos pasos de él.

FAENAS AGRÍCOLAS.—La siega.

Fig. 2.ª—Arado de cuatro rejas.

Esto embrollaba la instruccion.

Si el cadáver no habia llegado al carruaje, ¿cómo era que los almohadones del carruaje estaban empapados de sangre?

Las falsificaciones, por bien hechas que estén, siempre tienen algun defecto, y estos defectos, cuando se trata de un proceso, suelen ser, y son casi siempre, el cabo precioso de un hilo que conduce á la justicia hasta la verdad.

Habia otro pequeño embrollo.

El carácter de las pisadas que habian quedado señaladas en todo el trayecto del crímen desde el sotechado hasta el carruaje.

El calor con que el tio Loperas habia defendido á Estéban obraba tambien en su favor.

El juez habia observado todo esto; para él tenia una grande importancia la herida de bala en el cráneo del cadáver, herida inútil, puesto que ya habia tenido lugar la muerte.

Para un criminalista práctico allí habia mucho de misterio.

El juez, pues, conducia el sumario con una gran circunspeccion.

Los registros minuciosos hechos en el parador de San Bruno, casa de don José y casa de Estéban, nada habian producido que revelase un robo.

Más sereno, en su primera declaracion, Estéban habia contado detalladamente su aventura de la noche anterior.

Se reconoció la arboleda del arroyo de Butarque: allí se encontraron huellas perfectamente semejantes á aquellas que se habian encontrado en el lugar del crimen, y las señales indudables de un cuerpo humano que se habia debatido sobre la tierra blanda.

Estéban habia atribuido su detencion y la ocupacion de su carruaje, donde él creia se habia conducido un cadáver, á los hermanos Pulgas de Carboneras.

—Es más, decia Estéban avanzando en su suposicion: yo creo que los asesinos han usado de una de las pistolas que me quitaron para hacer caer sobre mí las presunciones de un crimen.

Pero desgraciadamente no podia atribuirse á los Pulgas el asesinato de doñaEufemia.

Los bandidos de Carboneras habian sido presos por la guardia civil cerca de Valdemoro, en el momento en que asaltaban un cortijo para robarle, á la misma hora en que habia sido asesinada doña Eufemia. Valdemoro está á cinco leguas de Leganés.

Los Pulgas, pues, eran inocentes del asesinato de doña Eufemia.

Cuando se les prendió estaban vestidos, segun su costumbre, con hábitos azules de frailes franciscos.

Además de esto calzaban alpargatas.

Ó habia otros dos bandidos disfrazados de frailes, ó todo no era más que una invencion profundamente premeditada por Estéban.

Pero el juez y el escribano habian formado su conviccion moral.

Cuando salieron de la cárcel del Saladero, donde ya habia sido conducido Estéban, el juez dijo al escribano:

—¿Qué le parece á usted de esto?

—Que ese pobre muchacho es tan culpable del asesinato que se le supone, como usted y como yo.

—¡No nos engañemos! él es listo, instruido: las novelas de criminales, las causas célebres, todo esto es un curso de enseñanza del crímen: yo creo tambien como usted, que en el acusado hay una gran sinceridad: sin embargo, no fiemos mucho en nuestra esperiencia: observemos: estudiemos: veamos si tiene enemigos: agarrémonos al zapato... pero con una gran discrecion.

—Esta causa nos va á sacar el sol de la cabeza: yo por lo menos dudo; á mí me parece que á ese le han echado encima el crimen con una astucia infinita, admirable: cuando le digo á usted que para desembrollar esto vamos á sudar...

—Y qué quiere usted, dijo el juez: ese es nuestro oficio; si siempre encontrá ramos la prueba debajo de la mano, para nada tendriamos necesidad de la práctica, del entendimiento y del celo.

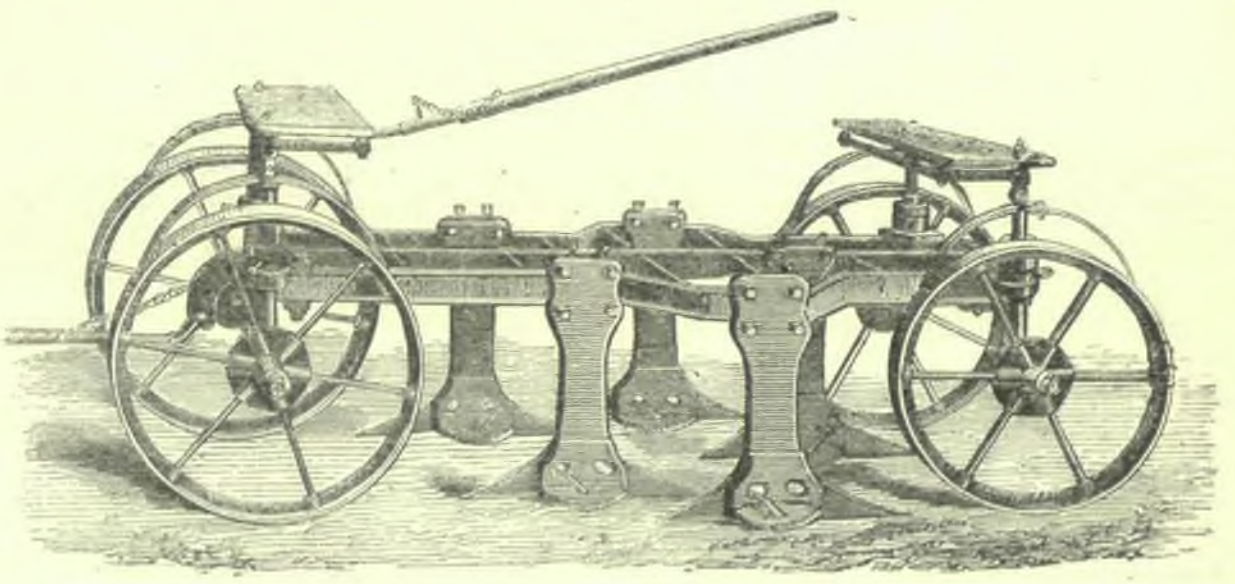


Fig. 3.ª—Arado de cinco rejas.

Como se vé, aquellos que tenian en su mano el destino de Estéban estaban interesados por él.

Elena ni aun dudaba.

Su declaracion, ardiente, espontánea, que no escluia un vivo sentimiento por la desastrosa muerte de su tia, impresionó al juez.

—¡Ah! esclamó: él es incapaz de eso; yo le conozco bien: le sentenciarian, le ejecutarian, creeria el mundo entero que era culpable; yo le creeria siempre inocente; yo lo proclamaria en alta voz, donde todo el mundo lo oyera: y suceda lo que Dios tenga determinado, yo estoy segura, un secreto instinto me lo dice, que si no recae sobre él pena de muerte, se salvará.

—Haga usted cuanto pueda, señorita, dijo el juez; ayude usted por su parte á la justicia; porque una de dos: ó es ó no legalmente responsable del crimen; si no lo es, será absuelto; pero si lo es, la sentencia será capital: no hay término medio.

—Dios no puede permitirlo, esclamó llena de fé Elena.

—Señorita, dijo el escribano: todos los refranes son evangelios chicos: recuerde usted aquello de «fiate en la Virgen y no corras», que se ha dicho sin duda por los toreros, y lo de «á Dios rogando y con el mazo dando.»

—¿Conoce usted algun enemigo declarado de ese jóven? preguntó el juez.

—Sí, señor; saltó vehemente Elena: conozco á un hombre que tiene mirada de asesino, un hombre impenetrable y duro, á quien ha ofendido gravemente Estéban.

—Su nombre.

—Don Juan Pedroso, alias el Pintado, uno de los primeros contribuyentes de Leganés.

Fig. 4.ª—Arado de ocho rejas.

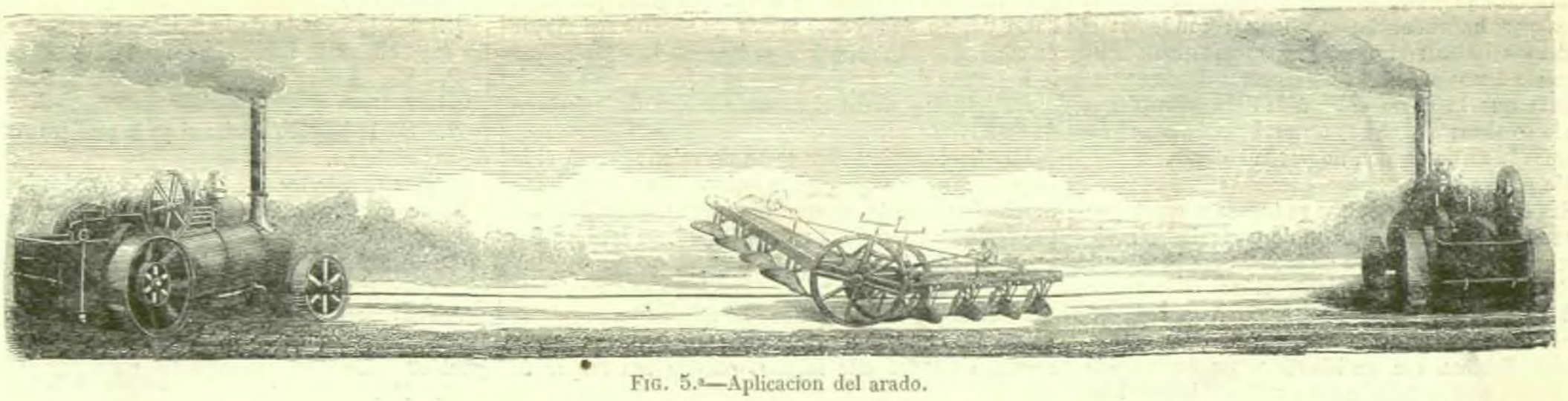


Fig. 5.ª—Aplicacion del arado.

MINISTERIO DE EDUCACION
INSTITUTO DE ARTE

—¿De qué manera ha ofendido el acusado á ese hombre?

—Ha sido amante de su mujer.

—¿Tiene usted la prueba?

—Esto es público en el pueblo.

—¿Quiere usted que esto conste como declaracion?

—No, señor; yo no tengo la prueba, aunque tenga la conviccion; además, yo no difamo á nadie; esto es muy delicado: yo he dicho esto para que sirva de indicio á la justicia.

—¿Cuál era el estado de la fortuna de la difunta?

—Ella debia tener dinero, pero vivia miserablemente; á mi me hacia trabajar, á pesar de que mi padre me habia educado bien y con holgura. Hablando en confianza, yo creo que no soy hija del que pasó por mi padre, aunque él me amó como hija, y yo le he amado y amo su memoria como si hubiera sido mi padre: yo tengo motivos para creer que en mi orígen hay un misterio: mi tia, mi pobre tia debia saberlo; cuando yo le hacia una insinuacion acerca de esto, me contestaba:—¡Pues! ¡las novelas! ¡malditas sean las novelas y los que las escriben! ¡tienen vuelto el juicio á estas locas! ¡así anda el mundo! ¡vamos, tú quisieras ser hija de un duque; pues mira, tu padre era un hombre honrado, y hay muchos duques, muchísimos, que son unos canallas!—Pero al mismo tiempo que me decia esto, me miraba de una manera tal, que yo me confirmaba más y más en la sospecha de que en mi nacimiento habia un misterio.

—¿Usted cree que la difunta tenia enterrado dinero?

—Lo supongo.

—Alhajas... tal vez alhajas de familia.

—No tengo ningun antecedente acerca de esto.

—¿Ha dicho usted á ese jóven que la difunta tenia enterrado dinero?

—¡Jamás! yo queria que Estéban me amase por mí misma.

—¿La difunta se oponia á que usted se casase con el acusado?

—Sí, señor, como con cualquier otro: parecia ceder al principio; pero despues buscaba una causa cualquiera para oponerse, sin duda para no tener que dar cuentas de lo que me habia dejado mi padre.

—¿Y en qué ha consistido su herencia de usted?

—Yo no lo sé; esto pertenece al misterio.

—¿Y usted no cree que la tenaz oposicion de la víctima á su casamiento de usted con el acusado, pueda haber sido la causa del crímen?

—No, señor; nosotros estábamos resueltos á casarnos cuando yo fuera mayor de edad: dentro de algunos meses.

—¿No tiene usted nada más que decir, señorita?

—Nada más sino repetir que creo inocente al acusado.

Leyeron su declaracion á Elena, de la que se habia descartado lo referente á las relaciones criminales entre Estéban y la bella Gabriela; se conformó con ella y la firmó.

—Esta declaracion es grave, no por lo que ella dice, sino por lo que no dice y que nosotros hemos escuchado, esclamó el juez.

—El zapato, el zapato, dijo el escribano.

—¿Pero cómo vamos á reconocer todos los zapatos del pueblo, amigo mio? esto seria dar la alarma: el zapato necesario desapareceria: es más; habrá desaparecido ya: es muy posible que todo el pueblo sepa el género del cuerpo de delito á que se ha agarrado el albéitar.

—Es verdad.

—Es necesario no hablar por ahora de zapato: nosotros tenemos ya graves indicios que podriamos hacer inútiles por imprudencia: esperemos: confiemos al verdadero criminal: sigamos bravamente el sumario: elevémosle á una sentencia de muerte: desde entonces hasta que la causa suba á la Sala, observemos desde la sombra; que si hay otro criminal, cuando le pongamos la mano encima no pueda escapar.

—Me parece bien.

Todas las declaraciones que se tomaron en el pueblo fueron favorables á Estéban de parte de las mujeres: segun ellas, el maestro de escuela era incapaz de un crímen tal: era un escelente chico, muy bueno, muy bien educado, de muy buenas costumbres; pero las de los hombres, escepto tres de ellos, fueron formidables: Estéban era un libertino, un corrompido, un pródigo, que gastaba mucho más de lo que buenamente podia adquirir: un díscolo, un hombre lleno de vicios: respecto al crímen, todos, incluso el cura (que tenia un ama muy buena moza con una sobrina muy bonita, que habian bailado mucho con Estéban), declararon que se habian oido palabras muy graves al maestro de escuela respecto á la víctima, tales como:—Esa maldita vieja me está desesperando, volviéndome loco; yo no sé, pero no respondo de mí... un dia la retuerzo el pescuezo á esa bruja: ella me está haciendo infeliz... si yo me hubiese casado ya con Elena, no seria maestro de escuela; estoy cansado de pelonas: esta posicion me humilla; Elena es rica...—Se declararon ágrias reyertas habidas entre el acusado y la difunta: se dijo que ella se habia quejado más de una vez con los vecinos del pueblo y que habia dicho: —Ese maestrillo me quiere mal porque no le doy mi sobrina: cuando me encuentra sola me enseña los puños: yo tengo miedo: ese malvado, que no cree en Dios, ese libertino, ese canalla me va á matar: ya verán ustedes si un dia amanezco yo asesinada.—Se recordó al fin la protesta que habia hecho la difunta á la puerta de la ermita de Nuestra Señora de Butarque la tarde que precedió á la noche del crímen.

Los tres testigos masculinos que declararon en favor de Estéban, fueron, como era de presumir, en primer lugar el tio Loperas.

Despues el Pintado y el Caballero.

Oigamos el interrogatorio del Pintado.

Pregunta. ¿Conoce usted á don Estéban Torres, maestro de escuela titular de esta villa?

Respuesta. Sí, señor, es mi amigo, mi amigo íntimo, y siento que se le calumnie: él no es capaz...

P. Ya vendremos á eso. ¿Desde cuándo data su amistad de usted con el acusado?

R. Desde hace tres años que vino á servir la escuela del pueblo.

P. ¿Cómo empezó la amistad de ustedes?

R. En el café: me aficioné á él y él á mí: empezamos á visitarnos.

P. ¿Habia entre ustedes una gran intimidad?

R. Grandísima: él entraba en mi casa como en la suya propia.

P. ¿Qué tiene usted que decir acerca de la moralidad del acusado?

R. Perfecta.

P. ¿Respecto á las mujeres, no daba motivo á murmuraciones?

R. No, señor: él era alegre y galante; pero no pasaba de ahí: las mujeres del pueblo le atendian buenamente, porque tenia buena conversacion, era fino, bailaba y tocaba el piano y las hacia versos.

P. ¿No tiene usted noticia de que haya dado escándalo en el pueblo á causa de alguna mujer casada?

R. ¡Jamás!

El juez habia hecho con la mayor naturalidad del mundo; esta pregunta que habia tocado de una manera terrible en el fondo del alma del Pintado: este, sin embargo, (tal habia sido la serenidad del juez), habia creido esta pregunta casual.

La respuesta del Pintado habia sido pronunciada con la misma naturalidad que la pregunta.

El interrogatorio siguió.

P. ¿Ha oido usted al acusado algun propósito en contra de la víctima?

R. No, señor: por el contrario, mi amigo se esforzaba en persuadir por medio de la dulzura á doña Eufemia: él se quejaba amargamente conmigo en el seno de la amistad, y me enviaba como intermediario: muchas veces me decia—¿y bien, qué hemos de hacerle? yo no sé quién me ha puesto mal con doña Eufemia: ella se obstina y habrá que tener paciencia hasta dentro de algunos meses que Elena sea mayor de edad. Estéban soportaba el ódio de la difunta, que le insultaba donde quiera que le veia.

P. ¿Qué pensaba el acusado acerca de la fortuna de su novia?

R. Se la creia pobre como un raton: pero á él le importa muy poco de eso: la quiere bien: es un buen muchacho: además, yo que le quiero mucho, le habia prometido una cantidad para que pudiese establecerse en Madrid.

P. ¿Ignoraba, pues, el acusado, que esa señorita tiene consignada en el Banco de España una renta de veinte mil reales, cuyo capital no puede retirarse por nadie, sino por ella misma, cuando sea mayor de edad?

R. No solo lo ignoraba Estéban, sino que lo ignoraba ella misma: eso ha debido descubrirse por los papeles que se hayan encontrado en casa de la difunta: ahora comprendo yo... por eso no queria que se casara Elena: la doña Eufemia era avara: mantenia mal y hacia trabajar á una criatura que tenia una renta tan bonita: ahora comprendo lo que he oido decir: que la difunta tenia enterrado dinero: quien la ha matado estaba en el secreto: la ha matado por robarla, y, con una perversidad de que no hay ejemplo, le ha echado el crímen encima á mi pobre amigo.

Esta declaracion habia embrollado más al juez: su larga práctica criminal no le habia presentado un tal ejemplo de serenidad, de posesion sobre sí mismo.

Era necesario creer que, ó las murmuraciones del pueblo mentian y no habia habido tales amores entre la mujer del Pintado y el maestro de escuela, ó que el Pintado era no solo el autor del crímen, sino tambien que habia cometido el crímen con el solo objeto de vengarse de la manera más terrible que se ha vengado jamás un hombre.

El Caballero habia hecho tambien una magnífica declaracion en favor de Estéban.

El juez decia para sí:

—Si el Pintado es el autor de ese doble crímen, estoy oyendo á su cómplice: tendremos á los dos frailes del arroyo de Butarque.

Á cada momento se robustecia más en la conciencia del juez, y asimismo en la del escribano, la idea de la inocencia de Estéban.

Era necesario salir de dudas, para dirigir de una manera segura y fecunda la instruccion.

El juez citó á comparecer ante él para declarar á la bella Gabriela.

Cuando el juez la vió delante de sí se aturdió y al escribano le temblaron las piernas y las mejillas.

Gabriela iba encantadora, seductora, irresistible.

Un collar de corales realzaba la blancura y la morbidez de su garganta.

Su boca sonreia de una manera mortal.

El juez, para cumplir con su deber, tuvo que afirmarse en los estribos.

—Siento mucho, dijo Gabriela, el objeto que me ha traido aquí: se trata de un amigo nuestro á quien estimamos mucho.

—Espero que sea usted sincera conmigo, señora, dijo el juez: necesitamos salvar á un desgraciado, que lo será y de una manera inmensa, si está inocente del crímen de que se le acusa, y si lo ha cometido, es necesario que un escarmiento ejemplar impida la repeticion de crímenes tan repugnantes.

—¡Pobre Estéban! esclamó Gabriela, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

El juez alentó una esperanza.

Creyó que estaba á punto de cojer un cabo que le condujese á la verdad.

La conmocion de Gabriela pasó rápidamente.

—Estoy dispuesta á responder á usía, dijo, y lo haré en verdad: yo lo juro por mis hijos.

Al pronunciar estas últimas palabras, la voz de Gabriela era siniestra.

El juez la dispensó del tratamiento, y despues de la fórmula legal empezó el interrogatorio.

P. ¿Habia enemistad entre el acusado y la víctima?

R. Sí; á muerte.

P. ¿Cree usted que el Torres haya podido ser el autor del asesinato?

R. Sí; estaba irritado, desesperado.

P. ¿Ha oido usted al Torres alguna amenaza contra la difunta?

R. Sí; le he oido decir muchas veces:—Esa mujer me obligará á hacer un disparate.

P. Eso es muy vago: ¿no ha oido usted algo más preciso?

R. Sí; le he oido decir: si yo la pudiera matar sin dejar pruebas...

El juez se estremeció, á pesar de que los jueces se estremecen muy difícilmente. Veia una tragedia monstruosa.

La testigo, ó aborrecia ó adoraba á aquel contra quien declaraba. Y sin embargo, una vez pasada la primera emocion, aparecia tranquila.

P. ¿Usted sabe si Torres tenia enemigos en el pueblo?

R. No.

P. ¿Sabe usted si ha tenido relaciones con alguna mujer casada?

R. No.

Gabriela no se habia desconcertado.

P. ¿Usted sabe si ha sido el autor del crimen?

R. No.

P. ¿Tiene usted algo más que declarar?

R. No, señor: se me ha preguntado y he dicho la verdad.

El juez cortó aquella declaracion.

Era peligrosa.

Cualquiera incidente de ella podia dar la alarma al Pintado, si era él el verdadero criminal, lo que no podia decirse.

La instruccion se embrollaba más y más.

El juez despidió á Gabriela.

—¿Qué dice usted á esto? preguntó al escribano.

—Digo que es necesario tener envidia á ese pillo, si ha sido el amante de esa mujer.

—¡Magnífica! ¡y sobre todo qué fuerza de voluptuosidad! ¡qué mujer! y de alma sensible.

—Ya, ya; Dios no da una cosa sola: ¡por vida de la moza!

—¿Ama al maestro de escuela?

—Yo creo que si.

—¿Cómo yo creo? Le adora.

—¡Ah! ¡ah! y se venga; tiene celos: las mujeres...

—Las mujeres que valen, antes que todo son madres; esa mujer comprende, adivina que su marido, á quien aborrece, puede verse comprometido, y piensa en sus hijos; en que no caiga sobre ellos la deshonra.

—Puede haber un poco de todo.

—¡Pues juro á Dios que yo desembrollaré esto!

—¡No sé cómo! dijo el escribano: ellos están sobre aviso; estoy seguro de que todos los cuerpos de delito que pudiéramos encontrar en su poder han desaparecido.

—Hay un cómplice.

—¡El Caballero!...

—Eso es.

—Pero estamos afirmando cuando todo es confusion y duda: nos hemos encontrado con una especie de novela y nos aficionamos á ella.

—¿Y qué es la novela, más que la esposicion en accion de las pasiones humanas?

—Es verdad; pero volviendo á nuestra historia, todos los cargos caen á plomo sobre el acusado; y advierta usted que el sumario está ya concluido: no hay méritos para proceder contra nadie; no nos podemos aventurar á obrar por simples deducciones; los testigos adversos á nuestro hombre son muchos más que los testigos favorables: los cuerpos de delito abundan contra él; no hay más que terminar el sumario, elevarlo á plenario y sentenciar.

—¡Muerte! esclamó el juez con voz ronca; sin embargo, yo estoy convencido de su inocencia, y si no como juez, como hombre, le salvaré.

—Si Dios quiere.

—¡Sí, sí, Dios querrá!

(Se continuará.)

ALBUM POÉTICO.

LA LLUVIA.

Su limpio azul el cielo
de nubes ciñe,
su claridad esconde
porque está triste:
Muda la tierra
se enluta con la sombra
de su tristeza.

Cual llanto silencioso
la lluvia cae,
y de lágrimas lleno
suspira el aire:
Por los azules
contornos de los montes
vagan las nubes.

Al sentir de la lluvia
las anchas gotas,
en las tendidas ramas
tiemblan las hojas:
Del mismo modo
tiembla mi alma cuando
lloran tus ojos.

Lágrimas son del cielo,
llanto es la lluvia,
que de frutos y flores
la tierra inunda:
Como tus lágrimas
de hermosos pensamientos
llenan mi alma.

Arcano incomprensible,
dulce misterio,
que halle el alma en el llanto
vida y consuelo:
Que el amor sea
lágrimas y suspiros,
gloria y tristeza.

Nunca es el sol más puro
que cuando asoma,
al través de las nubes
que le hacen sombra:
Como tus ojos,
que al través de tus lágrimas
son más hermosos.

JOSÉ SELGAS.

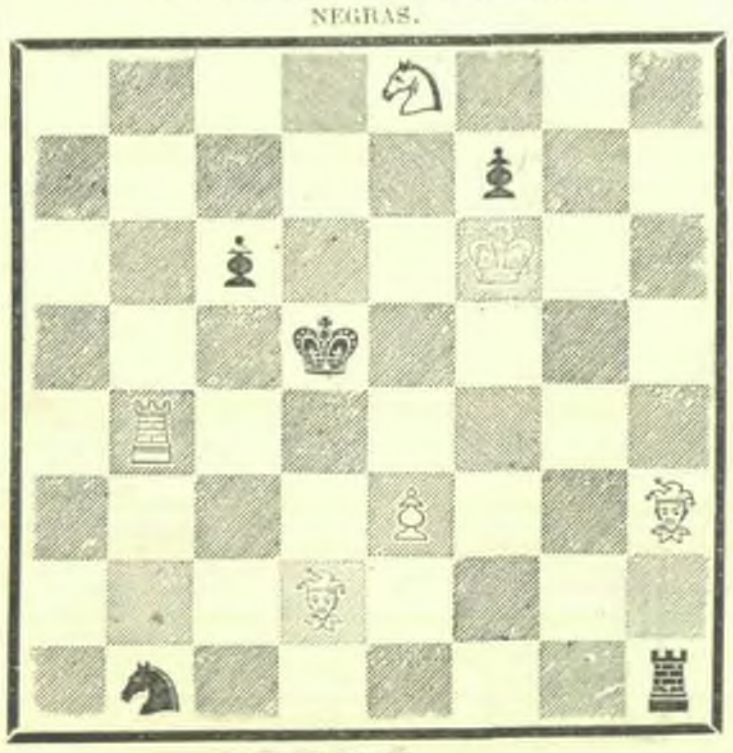
AJEDREZ.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 10.

1 C 5ª Rª	C toma Rª ó 3.ª A Rª
2 A 4ª AR jaque	R juega
3 T jaque-mate.	

PROBLEMA NÚM. 11.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

MÁQUINAS AGRÍCOLAS.

La aplicacion de las máquinas á la agricultura se debe á la Gran Bretaña. Los sorprendentes resultados que desde un principio se obtuvieron en la produccion agrícola de este pais, símbolo de la actividad, disiparon las dudas que al ensayarse inspiraba la aplicacion de los arados movidos al vapor, y todas las naciones amantes del verdadero progreso se apresuraron á imitar el ejemplo de la Inglaterra. Los Estados-Unidos fueron los que primero aceptaron los métodos científicos de cultivo de la que fué su metrópoli: Francia tardó poco en aplicarlos, imitáronla algunas provincias austriacas, y finalmente, la Alemania; sobre todo la Prusia, en donde el empleo de los arados de Howard está siendo en la actualidad objeto del más profundo y detenido exámen.

Ya, solo aquellos pueblos que esclavos de la rutina permanecen refractarios á toda innovacion y viven agenos á los progresos de las ciencias y de las artes, son los que podrán negar la importancia que tienen las máquinas consideradas bajo el punto de vista de su aplicacion á la agricultura, pues aparte del considerable ahorro de tiempo y de la mayor suma de trabajo que por su medio se obtiene, el cultivo es mucho más perfecto que el que resulta empleando el simple arado de bueyes y el tradicional azadon. Siendo, pues, la superioridad de las máquinas agrícolas por todos reconocida, tiempo es ya de que pensemos sériamente en su aplicacion á nuestra agricultura.

Segun los últimos datos estadísticos publicados en Inglaterra, esta nacion, que á principios del año 1867 cultivaba científicamente, es decir, con el auxilio de las máquinas agrícolas, sobre unos 300.000 acres, en la actualidad cultiva nada menos que una superficie de cerca de medio millon. En vista de este sorprendente desarrollo, la Francia, que desde 1863 viene haciendo supremos esfuerzos para competir con su rival bajo todos conceptos, fundó en 1868 la respetable empresa de Dubois Juard y compañía con el esclusivo objeto de llevar á cabo la perfecta aplicacion de las máquinas agrícolas, por cuyo servicio fijó en sus estatutos la suma de 22 francos por hectárea, obligándose á que la profundidad del surco no bajase de 16 centímetros ni escediese de 20. Esta empresa ha dado los mejores resultados, pues han sido muchos los propietarios del vecino imperio que de ella se han valido para cultivar sus tierras.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea exacta acerca de la importante cuestion que nos ocupa, á continuacion insertamos los resultados obtenidos en las últimas pruebas de los arados que mayor aceptacion tienen en el dia, y entre los cuales figuran los de Howard, cuyos diseños ofrecemos en las páginas 204 y 205.

NOMBRE de las máquinas.	Profundidad del surco. — *Metros.*	Trabajo en diez horas. — *Hectáreas.*	Coste del trabajo por hectárea. — *Franc.*	*Cénts.*
Cultivador de Fowler. .	0,11	12	9	60
Arado de Fowler para roturaciones poco profundas.	0,18	7,318	15	70
Arado de Fowler para roturaciones profundas.	0,30	4,475	25	75
Arado simple de Howard (de cuatro rejas). . .	0,20	3,278	24	50
Arado doble de Howard.	0,16	11,070	14	

Los arados de Howard, que son, como hemos dicho, de los más perfeccionados, se componen de dos

ANUNCIOS.

EAU DES FÉES

ÚNICA ADMITIDA EN LA **Esposicion universal de 1867** | ÚNICO PREMIO EN LA **Esposicion del Havre de 1868**

PREPARADA

segun la fórmula del Dr. Morel.

El *Agua de las Hadas* resuelve de un modo definitivo el *problema* de teñir *progresivamente* el cabello y la barba. El *Agua de las Hadas* es la única que cumple lo que promete. Nada hay que temer del uso de esta agua milagrosa, llamada con tanta justicia *Agua de las Hadas*, cuya propagadora es MADAMA SARÁH FÉLIX.—Depósito general, 43, calle Richer, Paris, y en todas las perfumerias y peluquerias de Francia y del extranjero.

VICHY.

La compañía arrendataria del establecimiento termal de Vichy vende, además de las aguas de Vichy, todas las aguas minerales naturales conocidas.

Sales para baños de Vichy, pastillas digestivas, chocolate fabricado en Vichy con las sales estraidas de las fuentes bajo la inspeccion del Estado.

Administracion central: Paris, 22, boulevard Montmartre.—Depósito en las principales ciudades del mundo.

ALCOHOL DE MENTA.

(DE RICQLÈS.)

Treinta años de éxito. Maravilloso para la *digestion*. Refresca la boca y calienta el estómago, disipa los dolores de cabeza y de nervios, y es escelente tambien para el tocador.

Fábrica en Lyon, 9, carrera de Herbouville.

Depósito en Paris, 49, rue Richer, y en las principales boticas de España y Ultramar.

LA VELUTINA,

(CHARLES FAY.)

La Velutina es un polvo de arroz especial. Su preparacion al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—*La Velutina es adherente, impalpable* y absolutamente *invisible:* así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja.

La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas y en casa del inventor

CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en Paris.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
INSTITUTO DE ARTE

SUCESOS DE PORTUGAL.—El capitan Vidal arengando á las tropas antes de la sublevacion.

locomotoras (figuras 1 y 5) de fuerza de 14 caballos cada una, que convenientemente colocadas en los lados opuestos de las tierras que se desean labrar, ponen en movimiento, de la manera que pueden observar nuestros lectores por el grabado respectivo, al arado propiamente dicho que puede ser de cuatro, cinco ú ocho rejas (figuras 2, 3 y 4).

No encareceremos nunca lo bastante la importancia de las máquinas para las faenas agrícolas. Contemplen nuestros lectores al lado de las que los grabados que publicamos representan; fíjense al mismo tiempo en las penalidades de los segadores que en otra lámina reproducimos para ofrecer el contraste, y llegarán á convencerse de que la mecánica aplicada al cultivo de los campos es la verdadera libertad del hombre y el más poderoso desarrollo de la riqueza.

CARRERAS

DE CABALLOS EN PARÍS.

SORNETTE.

En las últimas carreras de caballos que se han celebrado en Paris, ha obtenido el *premio mayor* el caballo cuya estampa reproducimos. Es no sin razon objeto de viva curiosidad, y puede asegurarse que en el total de la ganancia y en la rapidez con que ha hecho el negocio de su amo no le aventajan los más hábiles agentes y banqueros del mundo.

Bien merece por lo tanto legar su retrato á la posteridad vanagloriándose de ser un caballo de su siglo.

Sornette, que así se llama, nació en 1867 en el *haras* de Villebon. Sus padres fueron *Light* y *Surprise*, animalitos célebres en los fastos del *sportman* y pertenecientes como su vástago al mayor Fridolin (Cárlos Laffitte).

En 1869, á los dos años, ganó cuatro premios: en 1870 ha ganado los premios de *Lutecia de Vanteaus*, el décimotercio bienal de Morny, el de Diana, y, por último, el premio grande de París.

Cinco carreras le han bastado para proporcionar á su amo 143.700 francos, ó sea más de 27.000 duros.

Entre él, su propietario y Cárlos Pratt, el jockey que le ha montado, han ocupado la atencion de los aficionados al *sportman*.

¿Qué diria de esto Rocinante, si llegase á saberlo?

SORNETTE, vencedor en las carreras de caballos de Paris, que ganó el premio de los 400.000 francos.

MADRID:
IMP. Y LIB. DE LA ILUSTRACION
Arenal, 16.